

# LA ORTOGRAFIA LATINA

## SU PROBLEMÁTICA Y SU POSIBLE RESTAURACION

La ortografía latina constituye un problema o mejor, una serie de problemas, de difícil solución. MEILLET lo califica de «insoluble». HAVET dice que hablar del problema ortográfico del latín es un contrasentido, algo anacrónico, y aun llega a decir, en frase algo enigmática, que «el latín no tiene ortografía»<sup>1</sup>. CLIQUENNOIS, aunque con alguna mayor mesura, subraya la idea de que el problema de la ortografía latina no es menos complicado que el de la pronunciación<sup>2</sup>. Estos juicios de personas tan autorizadas, aun tomados en un sentido hiperbólico, vienen a confirmar y como a acentuar la idea de la dificultad que presenta el problema de la ortografía latina. Sin embargo no debe exagerarse demasiado ni presentar el problema como del todo insoluble. La historia de la ortografía latina<sup>3</sup>, tanto antigua como reciente, nos ha dado soluciones aceptables en muchos puntos, y esto es garantía de que también podrá llegarse en lo sucesivo a la solución de los problemas pendientes. Es cuestión de método y de paciencia.

La importancia que el problema ortográfico tiene ya en sí, —en cuanto que es el resultado de una serie de factores culturales y ex-

---

<sup>1</sup> MEILLET, *Le problème de l'orthographe latine*. REL = (Revue des Etudes Latines) II 1924 28.—HAVET, REL II 1924 33.

<sup>2</sup> CLIQUENNOIS, *Le Grec et le Latin*, pág. 24, n.º 67.

<sup>3</sup> Para la historia de la ortografía latina antigua cfr. W. STRZELECKI, en R E de Pauli-Wissowa 1943 XVIII 2.º, 1456-1484. Para los trabajos publicados de 1880 a 1948 cfr. COUSIN, *Bibliographie de la langue latine*. Paris, «Les Belles Lettres» 1951, págs. 3-4. Falta en esa bibliografía varias publicaciones y artículos, que utilizamos en este estudio.

presión de una cierta elegancia psicológico estética— ya en relación con otras disciplinas, que hallan en la ortografía una base en la que fundamentar sus conquistas, es motivo suficiente para dedicar al mismo, el tiempo y la actividad necesaria, a fin de llegar a conclusiones satisfactorias en este terreno.

La mayor dificultad que presenta el problema ortográfico latino es su inestabilidad. Las grafías cambian a medida que pasan los años. Pero hay más: dentro de una misma época varían según los autores y, como si esto fuera poco, en un mismo texto epigráfico o literario es frecuente encontrar grafías distintas y aun contrarias.

Para proceder con orden, voy a detenerme a desarrollar esta idea; luego pasaré al estudio del interés que tiene el tema ortográfico en orden a determinadas disciplinas y, por fin, trataré de exponer unos medios que puedan llevarnos a la solución del problema ortográfico latino.

#### I.—INESTABILIDAD DE LA ORTOGRAFIA LATINA

Ya hemos dicho que el problema ortográfico latino es extraordinariamente difícil y que esta dificultad radica en su inestabilidad, en la poca fijeza de sus grafías. No es difícil llegar a la comprobación de esta tesis. Basta para ello tomar en las manos una antología de inscripciones y alguna de las ediciones críticas de autores latinos. Para mayor claridad voy a proceder por partes.

##### 1.º) *La ortografía latina ha variado mucho según las épocas.*

Una serie de ejemplos epigráficos será la mejor prueba de este aserto. Los textos epigráficos son en esto más convincentes que los textos literarios, ya que la epigrafía es, en frase feliz de BOCKH<sup>4</sup> el «codex diplomaticus» de la antigüedad y constituye un testimonio decisivo por su autenticidad para la historia de la lengua y de la escritura. Un texto literario ha podido llegar adulterado hasta nosotros por prejuicios, tendencias de escuela o por error o incuria de

---

<sup>4</sup> STOLZ-DEBRUNNER, *Geschichte der lateinischen Sprache*. Berlin, Walter de Gruyter, 1953, 3.ª ed., pág. 10.

copistas; mientras que un texto epigráfico, a la distancia de veinte o veinticinco siglos, nos conserva y ofrece, en su nativa pureza y frescura, los rasgos y vibraciones de la mano misma que lo grabó.

Tomo los ejemplos del manualito de DIEHL<sup>5</sup>. Al lado de cada palabra pongo el número que lleva la inscripción en ese manual. En dicho tomito podrá verse al pie de página la referencia exacta al CIL, al «Priscae latinitatis monumenta epigraphica» de Ritschls, al «Carmina epigraphica» de BÜCHELER y LOMMATZSCH y a las «Inscriptiones latinae selectae» de H. DESSAU. Los ejemplos son en su inmensa mayoría del latín arcaico. Dentro de esa época ya se encuentran variantes ortográficas de importancia. La variedad de estas grafías resalta más si se las compara con las correspondientes del latín clásico o postclásico. Sigo el orden alfabético al objeto de que en cualquier momento pueda echarse mano de estos ejemplos.

Abdoucit 539, adiesent 262, arfuisse 262, aruorsu 257, 262, aduocapit 138, aastutieis 122, duenos (= bonus) 720, duonoro (=bonorum) 541, caputalem 262, cosmis 720, conquaeisiuei 430, consol 116, 154, 271, 339, 343, 539, cosol 50, 153, 232, 540, consl 49, coirauere 2, 31, 68, 73, 76, 122, 133, coerauere 26, 38, 69, 72, 101, 103, 126, courauerunt 251, 394, coraueron 12, cuurauerunt 690, quom 262, 9, 18, 270 etc., qum 356, 584, 611, quonque 264, qur 836, qura 583, kalatorem 254, cratia 65, fhe fhaked (=fecit) 719, hec (=nom. masc. sing.) 541, honce (=hunc) 255, haace (=hāc) 268, iouesat (=iurat) 720, iouestod (=iusto) 254, iouxmenta 254, popolum 268, 13, poplus 263, poplom 271, poublicum 265, sakros 254, testimonium 268, 3, trebibus (=tribubus) 227, oino (=unum) 541, uootum 175, oitile (=utile) 264.

Indudablemente estas grafías de época arcaica distan mucho de aquellas a que nos tiene acostumbrados el latín clásico.

Mas para que se vea más al vivo el contraste, tomemos una corta inscripción, por ejemplo, la llamada «fíbula de Preneste»<sup>6</sup> y

<sup>5</sup> DIEHL, ERNST, *Alllateinische Inschriften* (Kleine Texte für Vorlesungen und Uebungen herausgegeben von Hans Lietzmann 38/40) Berlin, Walter de Gruyter, 1930.

<sup>6</sup> La «fíbula de Preneste», en el tomito de Diehl, lleva el n.º 719 y corresponde al CIL I<sup>1</sup> 24 b. Está en caracteres griegos grabados sobre una hebilla de oro, hallada en Preneste en 1871. Es tal vez la más antigua de las inscripciones recogidas en el CIL. Data por lo menos del siglo 6.º a. Chr.

hagamos su transcripción al latín de la época augústea. La divergencia de grafías y aun de morfemas es extraordinariamente notable.

*Manios med fhe fhaked Numasioi*  
Manius me fecit Numerio.

El contraste es manifiesto y se presta a instructivas observaciones, que omitimos para no salirnos del tema.

2.º) *La ortografía latina en una misma época varía notablemente en los diferentes autores.*

Para dejar bien sentada esta proposición, tropezamos hoy por hoy con una seria dificultad, y es que no es fácil llegar con exactitud al conocimiento minucioso de la ortografía de cada uno de los autores latinos. Hay un puente roto entre la grafía tal como salió de sus manos y la que nos han transmitido los codd. y mss. Franquear este puente hasta llegar a restituir de una manera científicamente segura la genuina ortografía de cada autor es una tarea delicada, pero importante, que interesa acometer con decisión y método. Volveremos más tarde a ocuparnos de este tema. Lo que de momento nos interesa es constatar que, partiendo de las buenas ediciones críticas, tales como las de Weidmann, Teubner, Oxford, Budé, Paravia etc., no es raro encontrar una diferencia notable entre la ortografía de dos autores de una misma época, v. gr. Cicerón († 43 a. C.) y Salustio († 36 a. C.).

Salustio <sup>7</sup>, con marcada tendencia arcaizante, presenta grafías que en Cicerón <sup>8</sup> aparecen ya en forma más moderna. Así por ej. es notorio encontrar en Salustio:

- 1) *o* por *u* detrás de *u* (sonante o consonante):  
*uolt, uolnus, uolgus, nouos, aequom* <sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> Para Salustio cfr. la edición crítica de la «Colección hispánica» de JOSE MANUEL PABON, Barcelona 1954.

<sup>8</sup> Para Cicerón cfr. *Caton l'ancien*, edición «Les Belles Lettres», Paris 1955, con un importante estudio preliminar de P. WUILLEUMIER.

<sup>9</sup> NIEDERMANN, *Phonétique historique du latin*. 3.ª ed. pág. 41 (Paris, Klincksieck, 1953) sienta como norma general que grafías del tipo *equos, ser-*

- 2) *o* por *e* después de *u*:  
*uoster, aduorsus, uorto.*
- 3) *u* por *i* en los superlativos:  
*optumus, maxume.*
- 4) *u* por *o* ante *l* velar, en palabras como  
*adulescens, epistula.*
- 5) *i* por *e* en compuestos como «*beneficium*» «*malvoius*», con estructura similar a la del compuesto «*omnipotens*».
- 6) *-undum* por *-endum* en formas de gerundios y gerundivos, como «*accipiundum*».
- 7) *-os* por *-or* en nombres como «*arbos*» = «*arbor*».
- 8) *-is* por *-es* en el acusativo plural de los temas en *i*:  
*Omnis homines, qui sese student...* (Cat. 1, 1).

Mientras que en Cicerón son corrientes grafías como *ueter, aduersus, uerto, optimus, maxime, beneficium, accipiendum, arbor, omnes homines* (acus. pl.). Y como cosa particular sabemos por Quintiliano, que Cicerón deseoso de dar con una fórmula que le permitiera distinguir la *i* consonante de la *i* sonante, ensayó la fórmula de escribir aquella con doble *i*: «*sciat etiam Ciceroni placuisse aiio Maiiamque geminata i scribere* <sup>10</sup>.

Por el mismo Quintiliano consta igualmente que Cicerón menudeó las dos eses en palabras que luego aparecen en sus ediciones con *s* sencilla: «*quid quod Ciceronis temporibus paulumque infra, fere quotiens s littera media vocalium longarum vel subiecta longis esset, geminabatur, ut caussae, cassus, divissiones, quomodo et ip-*

---

*uos, mortuos* por *equus, seruus, mortuus*, con *o* precedida de *u*, se mantuvieron durante toda la época republicana y en ocasiones hasta dentro de la época imperial. Las ediciones de Cic., concretamente la de WUILLEUMIER, que acabamos de citar, contradicen esta norma tan general.

<sup>10</sup> QUINT., 1, 4, 11. Coincidente con el testimonio de Quintiliano es el del gramático Velio Longo que dice: «*In plerisque Cicero videtur auditu emensus scriptionem, qui et Aiicem et Maiiam per duo i scribendam existimavit*» (KEIL, GL VII 54, 16).

sum Vergilium quoque scripsisse manus eorum docent»<sup>11</sup>. Y también nos dice el mismo Quintiliano que por esta época la grafía *optumus, maxumus* evolucionó a *optimus maximus*: «Iam *optimus, maximus*, ut mediam *i* litteram, quae ueteribus *u* fuerat, acciperent, Gai primum Caesaris inscriptione traditur factum»<sup>12</sup>.

Estas someras indicaciones son suficientes para ver cómo en realidad es diferente en muchos puntos la ortografía de dos escritores coetáneos.

Pero no acaba aquí la sorpresa. Existe desacuerdo entre grafías de un mismo texto epigráfico o literario. Vamos a verlo.

### 3.º) *La ortografía latina varía también en un mismo texto.*

Por de pronto, si damos fe a códices y manuscritos, es frecuente hallar a pocas líneas de distancia variantes gráficas muy notables. WILLEUMIER lo hace notar a propósito del texto de *Cato Maior* de Cicerón. Testifica la existencia de variantes como *adolescens, adulescens, adoliscens, aduliscens, immortalitas e inmortalitas*, a veces en una misma página<sup>13</sup>.

No hace mucho que Ulrico KNOCHE publicó una edición crítica de Juvenal<sup>14</sup>. Llama la atención ya en el epígrafe o título el uso de la doble grafía *i/j* y *u/v* con valor de *i/u* consonante: *D. Iunius Iuuenalis, Saturae*. Luego en el texto aparecen grafías como *formonus, lagona, set (=sed), haut (=haud), inprime, parvola, relinquant*, etc., en abierta oposición con otras grafías de estructura más normal, que también trae el texto.

No es probable que todas estas variantes ortográficas sean originarias. Podemos razonablemente suponer que nos hallamos ante un texto adulterado por uno o varios de los factores que intervienen en la transmisión manuscrita. La incoherencia existente en los codd. o mss. no ha podido menos de llamar la atención de los críticos. R. SABBADINI estudia esta incoherencia de la ortografía de Vir-

<sup>11</sup> QUINT., 1, 7, 20.

<sup>12</sup> QUINT., 1, 7, 21.

<sup>13</sup> WILLEUMIER, *Cic., Caton l'ancien*, Paris 1955, pág. 118.

<sup>14</sup> D. IUNIUS IUVENALIS: *Saturae*. Herausgegeben von Ulrich KNOCHE; Max. Hueber Verlag, München 1950.

gilio <sup>15</sup>. Demuestra la oposición de grafías como *kaussa/causa, ducei/duci, quom/cum*.

Jean COLLART, en su introducción al libro 5.º del *De lingua Latina* de Varrón, se ocupa también de este punto <sup>16</sup> y no tiene inconveniente en admitir el juicio de KENT, uno de los que mejor han estudiado esta obra de Varrón. Según él «sería vano querer hallar tras una tradición manuscrita única la verdadera ortografía del gramático latino. Son insuficientes para ello los datos que tenemos».

La misma posición sostiene J. ANDRIEU en general para todos los autores antiguos <sup>17</sup>. Existen muchas variantes en sus códices, pero cuál sea la grafía original, hoy por hoy es imposible determinar en muchos casos. Hacen falta más estudios de detalle, como el que hemos citado de SABBADINI o como el que LINDSAY y ROMANO hacen sobre la ortografía de Marcial <sup>18</sup>, LENCHANTIN DE GUBERNATIS sobre la de Lucrecio <sup>19</sup> y WEINBERGER sobre la de Ennio <sup>20</sup>.

Mas, aunque del exámen de los textos literarios no podamos remontarnos en muchos casos de una manera científicamente segura a la grafía original, sí que nos es permitido sacar la convicción de que debieron existir variantes ortográficas desde un principio.

Los textos epigráficos vienen a confirmarnos de forma inequívoca en esta idea. Existen en efecto dos inscripciones, la «lex municipalis» <sup>21</sup> y la «lex genitiva» <sup>22</sup>, las dos derivadas de un autógrafo de César y las dos con variantes ortográficas, que vienen a confirmar que no había uniformidad en la transcripción literaria.

<sup>15</sup> R. SABBADINI, *L'incoerenza nell'ortografia Vergeliana*. Rendiconti del R. Istituto Lombardo (Milano Hoepli) LVIII 1925, 333-336.

<sup>16</sup> VARRON, *De lingua latina*. Livre V. Texte établi, traduit et annoté par J. Collart. Paris «Les Belles Lettres» 1954, pág. XLI.

<sup>17</sup> J. ANDRIEU, *Problème d'histoire des textes*. REL 24 1946 271-314.

<sup>18</sup> W. M. LINDSAY, *The orthography of Martial's epigrams*. Journal of philology, London Cambridge XXIX 1903 24 y ss.—B. ROMANO, *Appunti sull'ortografia di Marziale*. Atti della Accademia delle Scienze di Torino LIV 239-251 y 262-270.

<sup>19</sup> M. LENCHANTIN DE GUBERNATIS, *L'ortografia di Lucrezio*. Boll. di Filologia classica, Torino Chiantore XXXI 1924 17 y ss.

<sup>20</sup> W. WEINBERGER, *Der Dichter Ennius als Verfasser eines orthogr. Hilfsbuches*. Philologus, Leipzig Dieterich 1904 633-636.

<sup>21</sup> CIL I 206 (45 a. C.).

<sup>22</sup> CIL II suppl. 5439.

En el epitafio de Escipión <sup>23</sup> hallamos a la vez *cosol / consol, cesor / censor, optumo* y *Luciom*; las dos últimas palabras correspondientes a un acusativo singular, una de ellas con pérdida de la *m* final <sup>24</sup>.

Una inscripción votiva, en tres solas palabras, nos ofrece variantes en la forma del dativo singular: *Iunone Seispitei Matri* <sup>25</sup>.

En una inscripción del 45 a. C. <sup>26</sup> hallamos asimismo estas grafías dispares *foidere / foedare, conscreiptum / conscriptum*.

En el Monumento de Ancira leemos a la vez *manubiis* (III 8) y *colonis* (IV, 27), con sinéresis y sin ella.

En fin, no acabaríamos si quisiéramos reunir las variantes gráficas que se observan en los textos epigráficos. Indudablemente la ortografía latina se ha movido siempre en un terreno de arbitrariedad y de zozobra, en un desconcierto e inestabilidad manifiesta. Bien claro está el pensamiento de Quintiliano a este respecto. En el capítulo que dedica a este tema dice categóricamente: «Verum orthographia quoque consuetudini servit ideoque saepe mutata est» <sup>27</sup>.

## II.—INTERES DE LA ORTOGRAFIA LATINA

La anarquía reinante en punto a ortografía latina representa, sin duda, una grave dificultad; pero es tal el interés que por otra parte encierra sobre todo para determinadas disciplinas, como la epigrafía, la fonética y la morfología, la gramática en general, y más aún para la crítica textual, que vale la pena desarrollar en torno a este tema los mayores esfuerzos a trueque de llegar a la solución de sus principales problemas. Si así no fuera, no hubiera sido tan notable la proliferación de tratados ortográficos en las diferentes épocas. Mucho dice sobre el particular la historia de la ortografía latina que STRZELECKI nos presenta en la RE de PAULI-WISSOWA <sup>28</sup> y la colec-

<sup>23</sup> CIL I<sup>2</sup> 8-9.

<sup>24</sup> Sobre la pérdida de la *m* final cfr. NIEDERMANN, *Phonétique hist. du latin*. Paris Klincksieck, 1953, 3.<sup>a</sup> ed. págs. 101-104.

<sup>25</sup> CIL XIV 2090.

<sup>26</sup> CIL I<sup>2</sup> 593.

<sup>27</sup> QUINT., 1, 7, 11.

<sup>28</sup> RE de Pauly-Wissowa XVIII 2.<sup>o</sup> 1456-1484.



ción de tratados ortográficos reunidos por KEIL en el vol. VII de los gramáticos latinos <sup>29</sup>. No se explica esta abundante producción bibliográfica, sino partiendo del supuesto del interés del tema. Es este un punto que bien merece un poco de explicación. Comencemos declarando el interés que tiene la ortografía latina para la epigrafía.

1) *La ortografía interesa a la epigrafía.*

En efecto, en epigrafía es un problema importante el de fijar la fecha, al menos aproximada, de las inscripciones. Ahora bien, a veces, el texto epigráfico llega a nosotros, tras un ocultamiento de siglos, envuelto en un profundo misterio. Así las cosas, es posible que sea la grafía el único factor que nos permita situar en su propio momento histórico un texto, que sin esta fijación cronológica perdería mucho de su interés. Excelente servicio que la ortografía, basándose en datos ciertos de su evolución histórica, viene prestando a la epigrafía y a las ciencias que de ella echan mano. Un texto latino nos demostrará claramente la importancia del dato ortográfico para el objeto de que venimos tratando. Coloquémonos frente a la inscripción llamada del «vaso de duenos». Esta inscripción, hallada en Roma entre el Quirinal y el Viminal en 1880, es de las más enigmáticas. Su texto ha sido objeto de minuciosos análisis por parte de los más famosos epigrafistas. En el volumen de «documentos para ilustrar la historia de la lengua latina», que acaban de publicar RUBIO-BEJARANO <sup>30</sup>, se reproducen varias de las lecciones o interpretaciones dadas al texto por BÜCHELER, STOLZ-DEBRUNNER, FRASER, PAGLIARO, DIRICHS y DEVOTO, junto con la cita de los principales estudios dedicados a este texto epigráfico. Esta copiosa bibliografía es indicio de la dificultad que entraña la sola interpretación del texto y a la vez del interés que despierta. Reproducimos la transcripción que nos da Devoto <sup>31</sup>:

<sup>29</sup> G. L., — *Grammatici Latini* ex recensione H. Keil, Lipsiae Teubnerii, 1880.

<sup>30</sup> RUBIO-BEJARANO, *Documenta ad linguae latinae historiam illustrandam*. C. S. I. C. Madrid, 1955, págs. 2-3.

<sup>31</sup> DEVOTO, *Storia della lingua di Roma*. Bologna, Capelli, 1944, 2.<sup>a</sup> ed. lám. III, p. 80.

*iouesatdeiuos qoimedmitatneited endocosmisuircosied /  
 astednoisiopetoitesiaipakariuois /  
 duenosmedfecedenmanomeinomdzenoinemedma (1) ostatod* <sup>32</sup>.

Evidentemente estamos ante un texto de latín arcaico, cuyo sentido se percibe mejor en la trasposición al latín clásico, tal como la trae STOLZ-DEBRUNNER en su «Historia de la lengua latina» <sup>33</sup>:

*Jurat deos, qui me mittit, ni in te comis virgo sit,  
 ast... utens, ei pacari vis:  
 bonus me fecit in bonum... die nono me malus statu (?)*

La simple comparación entre la ortografía del texto original y la del texto transcrito a latín clásico nos permite deducir que se trata de una inscripción de fecha no inferior al s. IV a. C. La argumentación se basa en los siguientes datos ciertos sobre el origen y evolución de determinadas grafías.

a) *La falta de geminadas.*

La inscripción de «duenos» se caracteriza en primer lugar por la falta de geminadas: «mitat» por «mittit». Ahora bien, consta que hasta principios del s. II a. C. no se introdujo en latín el uso de geminadas. El primer ejemplo epigráfico con geminadas que se cita es el decreto de Paulo Emilio, que corresponde al 189 a. C. Coincidente con este dato epigráfico es el testimonio de Festo <sup>34</sup>. Habla de la palabra «solitaurilia», considerada compuesta del adjetivo «sol-lus» (=todo) y «taurus», y dice: «per unum / enuntiari non est mirum, quia nulla tunc geminabatur littera in scribendo; quam consuetudinem Ennius mutavisse fertur, utpote Graecus Graeco more usus». La vida de Ennio, del 239 al 169, prueba que en la fecha del decreto de Paulo Emilio, había llegado al período de plena madurez y de prestigio, y no es extraño que la práctica por él introducida del uso de las consonantes dobles se generalizara. Según esto, en la falta de geminadas tenemos un criterio seguro para deducir que esta inscripción es anterior al s. II a. C.

<sup>32</sup> CIL I<sup>2</sup>, 4.

<sup>33</sup> STOLZ-DEBRUNNER, *Gesch. der lat. Sprache*, Berlin 1953, pág. 66.

<sup>34</sup> P. FEST., 374, 5.

b) *La ausencia de la palatal sonora «G».*

La grafía «uirco» por «uirgo», atestiguada en la inscripción de «duenos», nos permite retrotraer la fecha de la misma, por lo menos hasta principios del s. III a. C. Efectivamente, sabido es, que fué en tiempo de Espurio Carvilio Ruga, cónsul el 293 a. C., cuando se modificó la C, gracias a una vírgula que se le añadió en la parte inferior, dando lugar a la aparición de una nueva letra en el alfabeto latino, la G, con valor de palatal sonora. La historia de esta letra la resume FORCELLINI<sup>35</sup> en las siguientes palabras, «G septima Latinarum littera, una ex mutis, cognata est littera C, a qua originem habet. «Nova consonans» dicitur a Diomed. 2 p. 417 Putsch., quia multo tempore Latini ea caruerunt, C litteram ejus loco adhibentes, sed duplici potestate; scilicet in quibusdam vocibus, ut C nunc habet, in aliis ut G. Tandem post quingentos fere annos ab U. C. Spurius quidam Carvilius, ut est apud Plutarch. *de Quaest. Rom.* n. 54 parvo apice inferius litterae C adjecto in iis vocibus, quae G sonum habebant, eam in Latinum invexit. Remansit tamen in quibusdam vocibus, ut in Cajus, Cnaeus, licet per G efferantur».

c) *La permanencia de la «s» intervocálica.*

Es este otro dato gráfico importante, que presenta la inscripción del «vaso de duenos». En virtud del mismo podemos situar su redacción en época anterior al año 339 a. Ch., fecha en que se produce en la fonética latina el llamado fenómeno del rotacismo. Este fenómeno consiste sencillamente en que la fricativa dental «s», entre vocales, de sorda se hace sonora y automáticamente se cambia en «r»: *est / crit, fu-is-ti / fu-er-ont, questus / queror, heri / hesternus, es-se / ama-re*. De este fenómeno dan fe, entre otros gramáticos antiguos, Varrón y Quintiliano. Varrón en su *De Ling. Latina*<sup>36</sup>, dice: «in multis verbis, in quo antiqui dicebant «s», postea dicunt «r»... *foedesum / foederum, plusima / plurima, meliosem / meliorem, asenam / arenam*». Quintiliano por su parte escribe<sup>37</sup>: «nam

<sup>35</sup> FORCELLINI, *Lex. totius Latinitatis*, introd. a la letra G.

<sup>36</sup> VARRON, *De Ling. Lat.* 7, 26.

<sup>37</sup> QUINT., 1, 4, 13.

ut *Valesii Fusii in Valerios Furiosque venerunt, ita... etiam... lases, asa fuerunt*».

Para la cronología del rotacismo es importante el testimonio de Cicerón <sup>38</sup>, según el cual fué L. Papirio Craso, dictador el 339, quien por primera vez rotatizó su nombre: «*primus Papisius est vocare desitus*». Ahora bien, si consideramos que los nombres propios son siempre más refractarios a la evolución o transformación fonética, no es improbable suponer que la rotatización de los nombres comunes debió iniciarse a principios del siglo IV a. Ch. Por eso una inscripción, como la de «duenos», con grafías como «*iouesat*», anteriores a la rotatización, la hemos de colocar por lo menos en el s. IV a. Ch. y muy probablemente en el siglo V.

#### d) *Otros indicios gráficos.*

Dentro de la inscripción de «duenos» hay todavía nuevos indicios gráficos reveladores de su antigüedad, como la persistencia del vocalismo *e/o* por *i/u* en palabras como *feced*, *deiuos*; la presencia de la *-d* final en grafías como *meritod*, *feced*; la del grupo *du-* con valor de *b-* (*duenos*=*bonus*) y asimismo la permanencia de *-u-* intervocálica en la palabra *iouesat* equivalente al *iurat* de época clásica. Mas como la cronología de la evolución de estas grafías no es tan segura como la de los casos anteriores, no podemos apoyarnos en ellas para sacar conclusiones del todo concretas y definitivas.

Otra huella ortográfica y a la vez morfológica de la antigüedad de esta inscripción es la presencia en ella de la preposición *endo* por *in* y precisamente en forma pospuesta, contraria al uso corriente en el latín literario. Esta posposición de las preposiciones, frecuente en otras lenguas itálicas, como el osco y el umbro <sup>39</sup>, da pie para suponer esta inscripción escrita en un momento histórico en que el latín, o no se había distanciado en el empleo de las preposiciones del uso corriente en los dialectos itálicos, o estos dialectos ejercían aún una influencia eficaz sobre el latín. Ambos fenómenos corresponden a época muy antigua. De suerte que la forma *ted-endo*, equivalente a *in te*, que hallamos en la inscripción, es un nuevo testi-

<sup>38</sup> CIC., *epist.* 9, 21, 2.

<sup>39</sup> NAZARI, *I Dialetti Italic.* Milano Hoepli, 1900, págs. 167-171.

monio de su antigüedad; de ninguna manera posterior al s. iv a. Ch.

Es verdad que el elemento *endo/indu* lo volvemos a encontrar en la lengua latina de época posterior con valor de preposición y sobre todo de prefijo, pero esto sucede sólo como excepción y generalmente en poetas, forzados por necesidad métrica o llevados del deseo de dar tinte arcaico a su expresión poética. Y sabido es que en poesía siempre perviven más las formas arcaicas. En Ennio, por ejemplo, hallamos las formas *induperator* (Ann. 82, 326, 347, 565), *induuolans* (Ann. 416), *indotuetur* (Ann. 70), en sustitución de palabras amétricas como *imp̄r̄ator*, *inv̄olāns*, *int̄ūetur*,<sup>40</sup> y además *endo* (Ann. 576) e *indu* (Ann. 238) con valor preposicional. También en Lucrecio encontramos por la misma razón de necesidad métrica palabras como *induperatores* (4, 967), *indupedita* (2, 102; 5, 876), *indupediri* (4, 70).

Resumiendo, pues, vemos en la inscripción del «vaso de dueños» el interés que tiene la parte gráfica para un punto tan importante de la epigrafía, cual es la datación de sus textos. Partiendo de datos ortográficos seguros llegamos sin dificultad a conclusiones ciertas e importantes, sin necesidad de salirnos del terreno científico.

## 2) *La ortografía interesa a la fonética.*

En latín, como en otras lenguas, la grafía va íntimamente unida al fonema. La función propia de las grafías es, según expresión de Quintiliano<sup>41</sup>, guardar como en depósito las palabras y transmitir las luego fielmente a los lectores: «hic enim est usus litterarum, ut custodiant voces et velut depositum reddant legentibus. Itaque id exprimere debent quod dicturi sumus». Siendo así, es fácil comprender los buenos servicios que la ortografía puede prestar al fonetista. NIEDERMANN en su «Fonética histórica del latín», tiene que recurrir frecuentemente a las grafías antiguas en confirmación de sus principios o apreciaciones. Lo mismo hacen ERNOUT, SOMMER, etc., ya que lo que decimos de la fonética tiene aplicación a la morfología histórica y a la lexicografía.

<sup>40</sup> CORDIER, *L'Hexamètre latin dans Ennius*. Paris, Vrin, 1947, pág. 73.

<sup>41</sup> QUINT., 1, 7, 31.

Quintiliano sienta el principio de que el latín hay que escribirlo como se pronuncia: «ego, nisi quod consuetudo obtinuerit, sic scribendum quomodo sonat»<sup>42</sup>. Esto supuesto, es lógico argumentar de una grafía cierta a un fonema o un morfema incierto y éste es el camino seguido frecuentemente por fonetistas y morfologistas. Pero es el caso que muchas veces tropezamos en latín con grafías que obedecen a diversidad de criterio. ¿Qué camino seguir entonces? Este es uno de los problemas más difíciles de la ortografía latina, y en él está la clave de su inestabilidad. Volveremos a ocuparnos más adelante de él con alguna detención. De momento, para lo que ahora tratamos, bástenos recordar que esta inestabilidad muchas veces radica en la lucha entre dos criterios, el etimológico y el fonético. Quintiliano se declara partidario del criterio fonético y por eso propone *optinuit* frente a *obtinuit*<sup>43</sup>. Lucilio, en cambio, aconseja no inquietarse por ello. Es asunto<sup>44</sup> que no tiene importancia. Tal es el juicio de un poeta satírico. Mas los gramáticos condenan indignados esa posición ligera de Lucilio y se declaran abiertamente partidarios de la posición de Quintiliano. Es muy importante a este respecto un texto de Velio Longo. Habla de la geminación de algunas letras y, a propósito de la *c* nacida de la asimilación de la *d* del prefijo «ad», dice<sup>45</sup>: «sic in his partibus orationis quae incipiunt a littera *c* no facile potest hac praepositione admota sonare *d* littera. haec similiter littera geminatur in eo quod est capio accipio. itaque Lucilius

*atque accurrere scribas*

*dne an c, non est quod quaeras atque labores.*

ille quidem non putavit interesse scripturae, sed si sonus consulitur, interest aurium ut *c* potius quam *d* scribatur».

<sup>42</sup> QUINT., 1, 7, 30.

<sup>43</sup> QUINT., 1, 7, 7.

<sup>44</sup> C. LUCIL., *Saturarum frg.* 330 c. L.-Lucilio (167-102) poeta satírico, digno precursor de Horacio, mereció que Quintiliano le otorgara el honor de la primacía entre los satíricos romanos: «Satira quidem tota nostra est, in qua primus laudem adeptus est Lucilius» (10, 1, 93). El mismo Horacio, tan severo en juzgar a los poetas antiguos, reconoce en Lucilio al poeta elegante y cortesano, más delicado que Ennio y sus rudos predecesores, y lo proclama inventor de un género poético nuevo desconocido para los griegos (*Sat.* 1, 10, 64).

<sup>45</sup> KEIL, GL VII 62, 1-4.

Que ésta sea la tendencia natural de la lengua latina consta por una serie de datos y testimonios. Y en primer lugar el testimonio de Quintiliano, el cual al hablar de las cualidades de la frase latina sienta como principio fundamental la *eufonía* o dicho con un tecnicismo suyo, que no ha prosperado la «vocalitas». Estas son sus palabras: «Sola est quae notari possit velut «vocalitas», quae εὐφωνία dicitur; cuius in eo dilectus est, ut inter duo quae idem significant ac tantumdem valent, quod melius sonet malis»<sup>46</sup>. Y que este principio no se aplica sólo a la buena disposición de la frase, a lo que Cicerón llama «bona collocatio»<sup>47</sup>, sino que rige también, según el pensamiento de Quintiliano, para la estructura interior de la palabra, lo prueba el siguiente texto del lib. VIII<sup>48</sup>: «quod facit syllabarum, idem uerborum quoque inter se copulatio, ut aliud alii iunctum melius sonet».

Efectivamente tanto en fonética como en morfología latina hay una serie de hechos cuya explicación está en la tendencia del latín a la eufonía. MAROUZEAU en su tratado de Estilística Latina<sup>49</sup> ha reunido varios de estos hechos y buen número de testimonios en confirmación de esta tendencia. He aquí algunos de ellos:

a) *Isdem*» pasa a «*idem*» por eufonía. El testimonio es de Cicerón, que dice: «male sonabat isdem; impetratum est a consuetudine ut peccare suauitatis causa liceret»<sup>50</sup>.

b) «*E republica*» por «*ex republica*» por la misma razón. Es el mismo Cicerón el que poco después añade: *esset asperitas, nisi litteram sustulisses*<sup>51</sup>.

c) *El sintagma «im medio»* y similares. Quintiliano hace notar cómo instintivamente la lengua latina tiende a la asimilación de dos consonantes contiguas: «ultima prioris syllabae littera... aut intersistere nos indecentissime cogit aut continuata insequente in naturam

<sup>46</sup> QUINT., 1, 5, 4.

<sup>47</sup> CIC., *De orat.* 3, 171.

<sup>48</sup> QUINT., 8, 3, 16.

<sup>49</sup> MAROUZEAU, *Stylistique Latine*. Paris «Les Belles Lettres»; 1946, páginas 36-45.

<sup>50</sup> CIC., *Orat.* 47, 157.

<sup>51</sup> CIC., *Orat.* 47, 158.

eius corrumpitur»<sup>52</sup>. Esto explica la presencia en inscripciones y en manuscritos de sintagmas como estos: *im medio, cun notis, im pace, tan durum*<sup>53</sup>.

d) *La elisión y la sinalefa* obedecen también a la misma tendencia. A este respecto Quintiliano<sup>54</sup>, hablando de la elocución, condena la mala costumbre de ir como contando las letras: «ita omnes imputare et velut annumerare litteras molestum et odiosum». Por el contrario considera agradable y fino acertar a unir convenientemente o suprimir, según los casos, las diferentes letras: «Nam et vocales frequentissime coeunt et consonantium quaedam insequente vocali dissimulantur». Pone a continuación el ejemplo de Virgilio<sup>55</sup>, «mult(um) ill(e) et terris», con elipsis y sinalefa obligadas.

e) *Optinuit e immunis*. Confirma así mismo la tendencia eufónica, como característica del latín el siguiente texto de las Instituciones de Quintiliano<sup>56</sup>: «Quaeri solet in scribendo praepositiones sonum quem iunctae efficiunt, an quem separatae observare conveniat, ut cum dico *optinuit* (secundum enim *b* litteram ratio poscit, aures magis audiunt *p*) et *immunis*: illud enim, quod veritas exigit, sequentis syllabae sono victum *m* gemina commutatur». En este texto se plantea abiertamente el problema de la doble ortografía, la etimológica y la fonética; ésta, basada en la asimilación o adaptación de sonidos; aquella tomando como fundamento la sola adherencia o yuxtaposición de elementos. Problema delicado, que hasta nuestros días ha ido recibiendo una solución u otra según las tendencias de las diferentes escuelas. Pero, a pesar de reconocer en la evolución histórica del latín la existencia sucesiva o simultánea de ambas soluciones, hay ciertos factores que nos fuerzan a considerar como más genuina la tendencia fonética, es decir, la asimilatoria. La prueba está en lo que ocurre en las lenguas románicas, que bien podemos considerar herederas de las propiedades genuinas del latín. De un «*scrib-o*» con labial sonora, sale por la sola

<sup>52</sup> QUINT., 8, 3, 45.

<sup>53</sup> CIL IV 1895.

<sup>54</sup> QUINT., 11, 3, 33-34.

<sup>55</sup> VERG., *Aen.* 1, 3.

<sup>56</sup> QUINT., 1, 7, 7-8.



eufonía fonética un «*scrib-tum*» con labial sorda, que armoniza con la dental sorda que le sigue: y este «*scritum*» latino nos da en italiano «*scritto*», con asimilación de labial y dental, y en español «*escrito*», con simplificación de la geminada dental. Cosa parecida pasa con palabras compuestas de prefijo. Sirva de ejemplo *conlegium*, forma eufónicamente difícil y rebelde a la fonética, por lo cual ya en latín se produce la asimilación en la forma usual de «*collegium*», que es la que ha pasado al italiano «*collegio*», al francés «*collège*», y, en forma ya simplificada, al castellano «*colegio*». En todo este proceso morfológico fonético siempre imperan los cánones de la eufonía.

En confirmación de todo ello pueden aducirse algunos testimonios de gramáticos antiguos. Véase por ejemplo lo que dicen Caper y Velio Longo a propósito de sintagmas como «*in Siciliam*», «*etiam nunc*». Caper hace notar que el sintagma «*in Siciliam*» sonaba «*is Siciliam*»<sup>57</sup> y Velio Longo asegura que «*cum dico etiam nunc, quamvis per m scribam, nescio quomodo tamen exprimere non possum*»<sup>58</sup>.

No hay que olvidar que los latinos procuraban que la ortografía correspondiera a la fonética. Ya hemos citado el texto famoso de Quintiliano: «*ego... sic scribendum quomodo sonat*» (1, 7, 30). Papiriano, en el resumen que de él nos ha conservado Casiodoro, sienta el mismo principio: «*aliter scribere, aliter pronuntiare vecordis est*»<sup>59</sup>.

En otro lugar vuelve a insistir Casiodoro en que debe seguirse en los compuestos la ortografía fonética o de asimilación: «*Observanda —dice— pussillo diligentius est praepositionum cum verbis aut vocabulis compositis, ut consonantes novissimas praepositionum sciamus non durare, sed mutari plerumque*»<sup>60</sup>. Y más adelante añade: «*Plerumque evenit ut consonantes quaedam verborum aut vocabulorum coniunctae, huic praepositione (=ad) mutantur... accedo, attuli, assiduus, appareo, annuo, alligo, aspiro, aspicio*»<sup>61</sup>.

<sup>57</sup> KEIL, GL VII 106, 17.

<sup>58</sup> KEIL, GL VII 78, 19.

<sup>59</sup> KEIL, GL VII 161, 9.

<sup>60</sup> KEIL, GL VII 151, 7-10.

<sup>61</sup> KEIL, GL VII 162, 10-15.

Concuerta con estos y otros testimonios, que se podrían aducir a este respecto, el hecho de la supresión de la *m* y *s* finales, frecuente en textos epigráficos. Efectivamente, en inscripciones de los siglos 3º y 2º a Ch., hallamos por ejemplo un *Cornelio* (= *Corneilius*)<sup>62</sup>; un *Fourio* (= *Furio*) *tribunos militare*<sup>63</sup> (= *tribunus militaris*) y así otras muchísimas grafías en que la *s* final se ha elidido. Lo mismo ocurre con la *m*. En el epitafio de L. Cornelio Escipión, cónsul el 259 a. Ch., la *m* final falta en casi todas las palabras. Así *oino, duonoro, uiro, Scipione, urbe* etc. por *oinom* (= *unum*), *duonorum* (= *bonorum*), *uirum, Scipionem, urbem*<sup>64</sup>. En estos hechos es fácil ver la tendencia del latín a armonizar su ortografía con su fonética, pues es cosa sabida que dichas consonantes finales, en determinadas circunstancias, o no se pronunciaban o tenían un sonido tan tenue que apenas se percibían. De la *m* concretamente dice NIEDERMANN que venía a reducirse a una resonancia nasal de la vocal anterior<sup>65</sup>. Es este el sentido que hay que dar a un texto famoso de Quintiliano referente a la *m* final: «*eadem illa littera quoties ultima est et vocalem verbi sequentis ita contingit, ut in eam transire possit, etiam si scribitur, tamen parum exprimitur, ut mult(um) ille et quant(um) erat, adeo ut paene novae litterae sonum reddat*»<sup>66</sup>. Por eso dice Velio Longo que algunos, llevados del deseo de expresar gráficamente este fenómeno, no escribían sino parte de la *m*; «*nonnulli, dice, circa synaliphas observandam talem scriptionem existimaverunt, sicut Verrius Flaccus, ut ubicumque prima vox m littera fineretur, sequens a vocali inciperetur, m non tota, sed pars illius prior tantum scriberetur, ut appareret exprimi non debere*»<sup>67</sup>. Este testimonio de Velio Longo nos sirve de clave para entender un texto algo confuso de Quintiliano, que la tradición manuscrita nos ha

<sup>62</sup> CIL I<sup>2</sup> 8.

<sup>63</sup> CIL I<sup>2</sup> 48-49.

<sup>64</sup> CIL I<sup>2</sup> 9.

<sup>65</sup> NIEDERMANN, *Phon. hist. du latin.*, pág. 104; cfr. E. DIEHL, *De M finali epigraphica*. Lipsiae, B. G. Teubneri 1899, pp. 326. La *m* final había ya desaparecido de la lengua viva en el siglo primero del imperio; no obstante el signo gráfico se mantenía aún en los siglos posteriores. Cfr. STOLZ-DEBRUNNER, *Geschichte der lateinischen Sprache*, Berlin, 1953, pág. 95.

<sup>66</sup> QUINT., 9, 4, 10.

<sup>67</sup> KEIL, GL VII 80, 17.

transmitido equivocadamente por haber interpretado una *M* inclinada como una *E* mayúscula. Error parecido al que cometió M. Valerio Mesala Corvino al confundir una *M* en esta posición con una sigma mayúscula. Es curioso el texto de Quintiliano que dice: «Quid? Non Cato Censorius DICAM et FACIAM, DICAE et FACIAE scripsit, eundem in ceteris, quae similiter cadunt, modum tenuit? Quod et ex veteribus ejus libris manifestum est et a Mesala in libro de *s littera positum*»<sup>68</sup>.

Aunque el latín no presenta las palabras tan estrechamente ligadas como el griego —recuérdense frases del tipo *ob vos sacro, dum... taxat*<sup>69</sup>— ni se da en él la crasis ni casi la elisión, sin embargo la tendencia en él predominante es la fonética, que tiende a la adecuación entre el sonido y la grafía. Cada cambio de sonido determina tarde o temprano un cambio de grafía. Así por ej.:

1) Cuando se simplificaron los diptongos se redujo también la grafía, y entonces *ou, eu, oe* dieron *u*; *ei* dió *i*. El intento de conservar la grafía *ei* con va'or de *i* no prosperó.

2) El caso de *ai/ae*, que persistió, confirma la regla anterior, ya que consta que, al menos en la época clásica, continuó esta grafía con sonido diptongal, con un sonido final algo indefinido entre *i/e*.

3) La conservación del diptongo *au* prueba que en latín literario continuó pronunciándose en esta forma, como aún hoy se pronuncia en provenzal y portugués.

De todos estos hechos y testimonios se deduce claramente la conclusión de que la ortografía latina es fundamentalmente fonética y reproduce, en la medida posible, la forma y el sonido de las palabras en los diversos momentos de su evolución histórica; y siendo así, bien podemos asegurar que, la ortografía es un elemento importante tanto para la fonética como para la morfología latinas<sup>70</sup>.

<sup>68</sup> QUINT., 1, 7, 23.

<sup>69</sup> CIL I<sup>2</sup> 582; cfr. FEST. 288, 84.

<sup>70</sup> Sobre las múltiples manifestaciones reveladoras de la relación existente entre fonética y ortografía cfr. ANDRIEU, *Problème d'histoire des textes*, REL 24 1946 287-289 y MARINÉ BIGORRA, *Inscripciones Hispanas en Verso*, Barcelona-Madrid 1952; Representación gráfica de la *i* larga (pp. 3-10).—Monoptongación de *ae, oe* (pp. 10-18).—Cambios vocálicos y oscilación entre *i* y *u* ante labial

### 3) *La ortografía interesa a la didáctica.*

El libro clásico para la didáctica del latín es la gramática y, en la gramática, se ha venido considerando la ortografía como una de sus partes integrantes. En efecto, si la gramática es el arte que enseña a hablar y «escribir» bien <sup>70\*</sup>, se comprende que no pueda prescindirse en ella de la ortografía, que es el arte de escribir correctamente.

Los antiguos gramáticos latinos concedían singular importancia a las cuestiones ortográficas. Son muchísimos los tratados que nos quedan sobre este tema y muchos más los que se han perdido. Quintiliano en sus «Instituciones», que no son propiamente una obra gramatical, dedica sin embargo todo un capítulo a lo que él llama con terminología latina «recte scribendi scientia», traducción del vocablo griego ὀρθογραφία <sup>71</sup>. No contento con esto, a lo largo de su obra, alude frecuentemente a cuestiones ortográficas y recoge interesantes observaciones y testimonios a este respecto.

Antes y después de Quintiliano no faltaron autores que se ocuparon con más o menos extensión del tema ortográfico. WLADYS-LAW V. STRZELECKI en Pauly Wissowa <sup>72</sup> traza la historia de la ortografía latina a partir de Apio Claudio el Ciego (censor el 312 a. C.). El fué quien impuso la ley del rotacismo. Posteriormente se hicieron famosos los tratados ortográficos de Terencio Escauro, contemporáneo de Suetonio, los de Velio Longo, de Flavio Caper, de cuyas obras se aprovechó Prisciano, conocido gramático de Bizan-

---

(pp. 18-35).—Debilitación y pérdida de la *-m* (pp. 35-42).—Simplificación de grupos consonánticos (pp. 42-46).—Confusión de *b* y *u* semiconsonante y de *d* y *t* finales (pp. 46-49).—Pérdida de la oclusión (pp. 49-50).

<sup>70\*</sup> KEIL, GL VII 320-362; ha recogido el compendio gramatical del Maestro Audaz (*Audacis de Scauri et Palladii libris excerpta per interrogationem et responsionem*). En la pág. 321 se pregunta por el concepto de gramática: «Grammatica quid est?» Y, con un concepto mucho más amplio del que ahora se da a esta disciplina, se responde: «Scientia interpretandi poetas atque historicos *et recte scribendi* loquendique ratio, ἀπὸ τῶν γραμματέων, id est a litteris, cui nomen latinum a quibusdam litteratura vel litteralitas datum est».

<sup>71</sup> QUINT., 1, 7, 1.

<sup>72</sup> PAULY-WISSOWA, RE XVIII 2.º (1943) 1456-1484.

cio a principios del siglo VI<sup>73</sup>. A estos hay que añadir los ortógrafos Agrocio, Albino, Audaz, Beda y sobre todo Casiodoro<sup>74</sup>. El libro «De orthographia» de CASIODORO ha ejercido gran influjo durante varios siglos. Su aparición responde al deseo, repetidas veces manifestado por sus monjes, de poseer normas y orientaciones concretas a que ajustarse en su incesante tarea de copistas. Su sabio abad, encanecido en el estudio y en la didáctica de las más variadas disciplinas, se dispone a complacerles, cuando había alcanzado ya la

---

<sup>73</sup> Las «*Institutiones grammaticorum libri XVIII*» de Prisciano, constituyen el más amplio monumento de la gramática latina que ha llegado hasta nosotros. Una prueba de la importancia que tuvo esta obra y de su difusión está en el hecho de que son más de mil los mss. que se conservan de la obra completa. Cfr. STOLZ-DEBRUNNER, *Geschichte der lat. Sprache*. Berlin 1953, pág. 17.

<sup>74</sup> CASIODORO, figura relevante del s. 6.<sup>o</sup> por su gran influencia política, religiosa y cultural, fué confidente y secretario de cuatro reyes godos—Teodorico, Alarico, Teodato y Vitiges—, senador, cónsul y patricio. Colocado en el vértice donde se unían los dos mundos, el antiguo y el moderno, el romano y el teutónico, con mirada vigilante hacia el porvenir, contribuyó a salvar la cultura antigua injertándola en el tronco bárbaro (Cfr. BASABE, *Injerto clásico en tronco bárbaro*, en HELMANTICA 3 1952 337-346). El inspiró al Papa Agapito la idea de fundar en Roma la escuela superior de Monte Celio, famosa por la riqueza de sus códices. Pero la obra cumbre de Casiodoro fué la fundación del *Monasterio Vivariense* en las costas del Abruzzo. Para ello tuvo que abandonar, cumplidos ya los 60 años, los negocios terrenales y dedicarse de lleno a hacer florecer en este monasterio la cultura del espíritu en su doble aspecto de ciencia y virtud. Su aspiración fué lograr el consorcio entre la ciencia sagrada y la ciencia profana (Cfr. BOISSIER, *El fin del paganismo*, trad. por Pedro González Blanco, Madrid 1908, t. I, p. 223) y en verdad que el *Monasterio Vivariense* fué el vivero donde se desarrolló pujante el cultivo de las ciencias humanas y divinas y desde donde el afán por la cultura se propagó a muchos otros monasterios. Este era el deseo manifestado por el santo y culto fundador. A sus monjes les recomienda que propaguen por todas partes —*longe lateque disseminent*— las Sagradas Escrituras. Para ello estimula la actividad de los copistas. Su consigna era: *manu hominibus praedicare, digitis linguas aperire, salutem mortalibus tacitam dare et contra diaboli surreptiones illicitas calamo, atramentoque pugnare* (Cfr. CASSIOD., *De Institutione divinarum litterarum*, c. 29-30). Pero el abad de la culta comunidad no se contentaba con dar consejos. Iba siempre delante con el ejemplo. El catálogo de sus obras después de su conversión es aleccionador (Cfr. KEIL, GL VII 144 1-18) y esto sin contar sus incesantes correrías por Europa en busca de nuevos códices, que solícito, él mismo se afanaba en copiar. Es suya esta ingenua confesión: «*Cunctos novem codices (ut senex potui)*

edad avanzada de 93 años. Es interesante oír al infatigable maestro explicar en el prólogo los motivos de su obra <sup>75</sup>:

«Cum inter nos talia gererentur et de complexionibus apostolorum non nulla nasceretur intentio, monachi mei subito clamare coeperunt «quid prodest cognoscere nos vel quae antiqui fecerunt vel ea quae sagacitas vestra edenda curavit nosse diligenter, si quem ad modum ea scribere debeamus omnimodis ignoremus? nec in voce nostra possumus reddere quod in scriptura comprehendere non valemus».

El venerable abad no se hace rogar mucho. Toma en sus manos doce de los mejores tratadistas de ortografía y, a base de ellos, redacta él su compendio. Nos lo dice claramente en el prólogo:

«Et ideo duodecim auctorum opuscula deducimus in medium, quae ab illis breviter et copiose dicta sunt, ut et nos compendiosius dicamus et a priscis auctoribus sine varietatis studio dicta recolantur, quatenus et vobis plenissime satisfacere videamur et auctoritate firma sit relatio, quam duodecim auctorum textus insinuat».

---

*transivi. Ubi me multum laborasse, Domino adiuvente, profiteor* (CASSIOD., *De divin. litt. praefatio*). En esto fué ejemplo de laboriosidad, como tantos otros monjes. Un monje calígrafo del monasterio burgalés de Berlangas, a sus setenta años, escribía: «El que no sabe escribir, piensa que esto no cuesta nada; pero sábete, yo te lo aseguro, que es un trabajo ímprobo. Quita luz a los ojos, encorva el dorso, tritura el vientre y las costillas, da dolor a los riñones y engendra fastidio en todo el cuerpo. Por eso, tú, lector, vuelve las hojas con cuidado, ten los dedos lejos de las letras, porque así como el granizo arrasa los campos, así el lector negligente destroza la escritura y el libro. ¿Sabes lo dulce que es para el navegante la arribada al puerto? Pues así es para el copista el trazar el último renglón» (Cfr. ZAC. G. VILLADA, *H.<sup>a</sup> Eclesiástica de España*, t. III, pág. 348. Madrid 1936). Los copistas medievales dieron muestras de una voluntad de hierro al entregarse, con una decisión que nunca alabaremos bastante, a la obra de salvar de la ruina las fuentes de la cultura antigua grecoromana. Así y todo —y limitándonos a los autores latinos— SANDYS (Cfr. *History of Classical Scholarship* I, pág. 515, nota 7) da los siguientes datos, muy significativos por cierto: «De 772 autores latinos conocidos, sólo 114 sobreviven en sus obras. De estos, 64 han perdido en el camino la mayor parte de su producción; 43 quedan con la mayor parte de sus escritos, y sólo 37 conservan casi su totalidad. En estos dos últimos grupos están incluidos los mejores poetas» (Cfr. BASABE, *La conservación de los clásicos*, en HELMANTICA, 3, 1952, 381-419).

<sup>75</sup> KEIL, GL VII págs. 144-145.

La finalidad de la obra de Casiodoro viene también expresada al terminar el párrafo dedicado a la presentación del conjunto de su obra. Después de hablarnos de sus comentarios a los salmos, de sus instituciones, de su explicación a la epístola de los romanos, de sus anotaciones al arte de Donato, de su memorial a la Sagrada Escritura, de su colección de textos referentes a las epístolas y actas de los apóstoles, añade refiriéndose a su obra ortográfica:

«ad amantissimos orthographos discutiendos anno aetatis nonagesimo tertio, domino adiuvante, perveni; ex quibus si in unum valuero deflorata colligere, quantum ad eos pertinet quos brevianos esse suscepi, confusionem emendator atque scriptor, se bene arbitror, ulterius non habebit»<sup>76</sup>.

Más adelante, en el mismo prólogo, vuelve a exponer con más claridad aún su pensamiento:

«Erit itaque propositum nostrum quae competenter modernae consuetudini ab antiquis sunt quasi in unam coronam redigere et usui celeberrimo deputare. Illa vero quae antiquitati magis conveniunt expedit sine dubitatione relinquere, ne labor adsumatur incongruus, qui praesenti saeculo videtur inutilis».

Poco después, a la par que manifiesta el interés y cuidado que ha puesto en recopilar cuantos códices ha encontrado referentes a la materia, estimula a los monjes a que se dediquen a estudiar el asunto en los propios autores, que él ha dejado como rico tesoro a su monasterio. Dice así:

«Siquis autem auctores orthographos in textu suo legere fortasse voluerit, transcriptos inveniet quos ego, quantos potui reperire, monasterio meo praestante domino dereliqui, ut latius dicta probare possitis in auctoribus suis, quos nos propter fastidium vestrum deflorandos esse putavimus».

Acabado el prólogo, comienza el tratado con la lista de los autores de que se ha valido para la redacción de su compendio. He aquí la lista de los mismos:

---

<sup>76</sup> KEIL, GL VII 144, 14-18. Se ve aquí la intención de Casiodoro: Si logro formar con todos ellos un ramillete, —dice— confío que con su ayuda no se encontrarán ya embarazados ni el corrector ni el copista.

«Tituli libri orthographiae indicantes ex quibus auctoribus scribendi peritis domino praestante collecta est.

- I Ex Annaeo Cornuto de enuntiatione vel orthographia.
- II Ex Velio Longo.
- III Ex Curtio Valeriano.
- IIII Ex Papiriano.
- V Ex Adamantio Martyrio de *b* et *v*.
- VI Ex Martyrio de mediis syllabis,
- VII Ex eodem de ultimis syllabis.
- VIII Ex eodem de *b trifariam* in nomine posita.
- VIIII Eutyichis de adspiratione.
- X Ex Caesellio orthographo collecta sunt.
- XI Ex Lucio Caecilio Vindice deflorata sunt.
- XII Ex Prisciano moderno auctore decerpta sunt.

En el epílogo de su obra, Casiodoro no puede menos de exteriorizar su satisfacción al ver que tantos y tan excelentes maestros se han ocupado del tema ortográfico, no sólo los doce que él ha reunido en su compendio, sino muchos otros, que, como Aquila, Quintiliano, Avito, han dejado en sus libros preciosas observaciones y atinados consejos sobre la materia. Esta idea le lleva a la persuasión de que el tema ortográfico es un tema de interés. Por eso añade:

«Datur enim intelligi *rem utilem fuisse*, quae tot ac tantis auctoribus cognoscitur esse tractata, quoniam, siquid a prioribus praetermissum est, a sequentibus constat impletum... Nunc animos legentes erigite et gaudete tantos ad vos priscos pervenisse auctores, ut eis credere indubitata mente debeatis. Possem quidem Aquilam, et Quintilianum, sed et Avitum, quos non nulli in orthographiae peritia laudandos esse putaverunt...; sed necessarium non est multiplici numero dare licentiam, cum non sint omnino definiti quanti de eadem re scribere maluerunt»<sup>77</sup>.

Casiodoro se muestra muy interesado en la difusión de su libro de ortografía. Está convencido de que es éste un tema importante. El impulso dado por él a las escuelas de copistas y miniaturistas de diversos monasterios quedaría desvirtuado si a la vez no logra-

<sup>77</sup> KEH, GL VII 209, 7-23.



ra de los monjes un conocimiento perfecto de la recta escritura del latín. Por eso en otra de sus obras, una de las más importantes del sabio Casiodoro, recomienda con calor la obra de los ortógrafos latinos y su compendio. Es un testimonio que interesa recoger aquí en confirmación de la importancia dada por él a dicho tema. Dice así <sup>78</sup>:

«Orthographos antiquos legant, Velium Longum, Curtium Valerianum, Papirianum, Adamantiun, Martyrium de *V* et *B*, eiusdem de primis, mediis atque ultimis syllabis, eiusdem de *B* littera trifariam in nomine posita, et Eutychem de aspiratione, sed et Phocam de differentia generis, quos ego, quantum potui, studiosa curiositate collegi. Et ne quempiam memoratorum codicum obscurata derelicta turbaret, quoniam antiquarum declinationum pro mixtione propria partes confusae sunt, magno studio labobis incubui, ut in libro sequestrato atque composito, qui inscribitur de orthographia, ad vos defloratae regulae pervenirent, et dubietate sublata, liberior animus viam emendationis incederet. Diomedem quoque et Theoctistum aliqua de tali arte conscripsisse comperimus, qui si inventi fuerint vos quoque eorum deflorata colligite».

El tratado de ortografía de Casiodoro tuvo una gran aceptación. Durante varios siglos fué el texto obligado en las escuelas monacales. En pleno renacimiento las ediciones del mismo se fueron multiplicando de una manera extraordinaria. Tengo a la vista una edición de Amberes de 1579 <sup>79</sup>. Hace la presentación de ella LUIS CARRION en un prólogo dirigido a Teodoro Pulmann. Comienza hablando de la diversidad de las grafías latinas en las diferentes épocas y de los criterios poco uniformes por los que los ortógrafos latinos se rigen. Luego refiriéndose a la obra de Casiodoro hace resaltar la importancia que ha tenido como instrumento para uniformar criterios y tendencias ortográficas. Dice así el texto de Carrión:

<sup>78</sup> CASSIOD, *De divinis institutionibus* lib. II, c. XXX.

<sup>79</sup> Magni Aurelii / Cassiodori / Senatoris V. C. / de / ORTHOGRAPHIA / liber, / edente et emedante Ludovico / Carrione Brugense / (Hay un grabado en boj que dice: *Labore et Constantia*) / Antuerpiae / Ex officina Christophori Platonis / Architypographi Regii / M. D. LXXIX. Esta edición se conserva en la Bibl. de la Univ. de Salam., n.º 55484.

«Quod non ignoras, Theod. Pulmanne, varia variis temporibus orthographiae fuit ratio; adeo ut Lucilium, Caesarem, Varronem, Nigidium, Vindicem, Scaurum, Quinctilianum, Aquilam, Victorinum, Agraetium, Caprum, Priscianum, Bedam, alios, non tantum varia multipliciaque eadem de re, sed etiam diversa et alia aliis pae- ne contraria praecepta tradidisse comperiamur. Quo magis iudicium illorum mirari soleo, qui infinitis omnium saeculorum marmoribus, nummis, inscriptionibus, aliisque antiquitatis monumentis, nulla neque aetatis, quae illa primum prodierunt, neque scriptorum, qui illa aetate vixerunt, habita ratione, unam aliquam, eamque perpetuo constantem in Latina lingua scribendi rationem constituere voluerunt. Sarcinatores sane mali, cum adeo diversis tamque parum sibi invicem respondentibus centonibus inter se compositis, vestimentum sane barbaricum consuerunt, et nobis, pro vera et germane Latina scriptura, marmoream nescio quam et parietinam orthographiam substituerunt. Quod quale sit, ut melius intelligatur, Casiodori interpolatam nunc ad te mitto et sub tuo nomine, nitidis illis accuratissimi Plautini nostri characteribus descriptam, in vulgum exire iubeo... Vale, Colonia Agrippina VII Kal. April. MDLXXIX<sup>80</sup>.

La ortografía siguió manteniendo su puesto de honor en las gramáticas renacentistas. Aun en las de tendencia más revolucionaria, como la del profesor salmantino FRANCISCO SANTOS DE LAS BROZAS, no puede prescindirse de ella. En la edición ginebrina de sus obras de 1766 hay un tratadito en verso de las partes de la gramática, «De Grammaticae partibus libellus». En él, como era corriente en todas las gramáticas latinas de la época, la ortografía figura como una de sus cuatro partes, según es de ver en los siguientes versos que los muchachos recitaban de memoria:

La Gramática es un Arte  
 De congruamente hablar.  
 Quatro passos, o escalones  
 Para ello has de passar.  
*Orthographia* enseña letras,  
 Diphtongos, i su amistad.  
 Valor de Sílabas trata

---

<sup>80</sup> Edición antes citada, pág. 3.

La *Prosodia*, o *Quantidad*.  
 Enseña la *Analogía*  
 Declinar y conjugar.  
 La cuarta obra es *Sintaxis*,  
 Que es Construir i Ordenar.  
 Las dos primeras pondremos  
 Al cabo por claridad <sup>81</sup>.

Bien es verdad que luego, cuando uno lee los 24 versos que el Brocense dedica en este tratado a la ortografía, se queda sorprendido al ver que lo que allí se trata no es propiamente cuestión ortográfica sino fonética <sup>82</sup>. Pero al menos aquellos gramáticos renacentistas tenían conciencia de que la gramática no debía prescindir del tema ortográfico. El mismo Sánchez de las Brozas en varias otras partes de sus obras se ocupa también de ortografía latina <sup>83</sup>.

Antes y con más empeño que el Brocense se había ocupado de temas de pronunciación y ortografía latina el insigne ANTONIO DE NEBRIJA (1441-1522). Hombre de orientación moderna, dedica nueve capítulos de su gramática a disquisiciones fonéticas y ortográficas <sup>84</sup>.

Es importante el epítome ortográfico de MINUCIO por los buenos servicios que prestó cuando aún la imprenta estaba en manti-

<sup>81</sup> Francisci / SANCTII / Brocensis / in inclyta Salmanticensi Academia Emeriti / olim Rhetorices, et Primarii Latinae / Graecaeque Linguae Doctoris / OPERA OMNIA / una cum ejusdem scriptoris vita / auctore / Gregorio Maiansio / generoso Valentino / Genevae apud Fratres de Tournes / MDCCLXVI. 4 Tomos (Cfr. Bibliot. Univ. Pontificia de Salam. 20, 5, 19-2°) t. I, pág. 239.

<sup>82</sup> Cfr. SANCTII, *Opera omnia* t. I, pág. 261.

<sup>83</sup> SANCTII, *Opera omnia*. Genevae 1766, t. I, págs. 291-226; SANCTII BRO-CENSIS, *Minerva sive de Proprietate Sermonis Latini*. Amsterdam (portada deteriorada, Bibl. Univ. Salam. 48.846), págs. 845-851.

<sup>84</sup> ANTONIO DE NEBRIJA (1441-1522), llamado el Varrón español, fué discípulo de los grandes humanistas del renacimiento italiano y luego insigne maestro en Salamanca y Alcalá. Hombre de orientación moderna, dedicó nueve capítulos de su gramática a disquisiciones fonéticas y ortográficas y, no contento con ello, estudió en varias de sus *repetitiones* temas de pronunciación y ortografía latina y griega. Rufino Cuervo le atribuye la introducción de la j, pues, antes que Pedro La Ramée (1562-1572) la adoptara en su gramática francesa (1562), ya Nebrija había introducido su uso, aunque con valor fonético de y: *raja* (raya), *ajo* (ayo), *junta* (yunta) Cfr. FELIX RESTREPO, *Obras inéditas de Rufino J. Cuervo*, t. I, Bogotá Edit. Voluntad 1944, pág. 354.

llas. He revisado la edición de Amberes de 1579 <sup>85</sup>. Contiene en forma alfabética las grafías latinas y su justificación (págs. 1-120). Precede un índice de las mismas con la referencia a la página donde figura la explicación. Sigue un tratadito titulado: «Interpungendi ratio» (págs. 121-128). También es de interés el «Epítome de la ortografía latina» de BARTOLOME XIMENEZ PATON, 1916 <sup>86</sup> y el «Antibarbarus» de NOLTEMIO (Venecia 1743), con un índice ortográfico muy útil.

Entre los gramáticos modernos la estima por la ortografía latina ha cambiado mucho. Unos, siguiendo la corriente tradicional, continúan dedicando al tratado de ortografía la atención que se merece; otros han prescindido por completo de él para dar cabida, a veces en forma incongruente, a los tratados de fonética, lexicografía y estilística latina. Entre los primeros podemos citar al P. LLOBERA, S. J. y al P. J. M.<sup>a</sup> FERNANDEZ, C. M. F., herederos, a través de las Instituciones del P. Alvarez, de la tradición renacentista enraizada en el Arte de Donato <sup>87</sup>. El P. Llobera dedica unas doce páginas a la ortografía en un apéndice que coloca al acabar la Morfología <sup>88</sup>. El P. Fernández le concede una extensión parecida, pero ya, no en forma de apéndice, sino en forma destacada de parte integral de la gramática, contrapuesta a las otras partes, que son: Analogía (pp. 19-189), Sintaxis (190-352), Prosodia y Métrica (353-388) <sup>89</sup>.

---

<sup>85</sup> Epitome / ORTHOGRAPHIAE / Aldi Manutii / Pauli F. Aldin. / Reliqua altera pagella indicabit... Antuerpiae... MDLXXIX (En la Bibl. Univ. Salam. 55.484).

<sup>86</sup> Esta Ortografía de Bartolomé Ximénez la he visto citada en RODRIGUEZ MARIN, *Más de 21.000 refranes castellanos*, Madrid 1926, pág. XII.

<sup>87</sup> El libro de Donato desempeñó un papel predominante en la época del renacimiento. El uso de sus «artes» —*maior et minor*— fué muy general en las escuelas de Occidente hasta comienzos de la edad moderna. Cfr. STOLZ-DEBRUNNER, *Geschichte der lateinischen Sprache*, Berlin 1953, pág. 18.

<sup>88</sup> LLOBERA, S. J., *Grammatica Classicae Latinitatis*, Barcinone Subirana, 1919-1920. La distribución de la materia es como sigue: Morfología 23-188; apéndice de Ortografía, 189-200; Sintaxis, 204-462; nociones de Etimología, 463-495; Prosodia y Métrica, 494-565.

<sup>89</sup> J. M. FERNANDEZ GARCIA, C. M. F., *Gramática Latina*, 12.<sup>a</sup> edic. Madrid, Edit. Corazón de M.<sup>a</sup> 1927: Ortografía, págs. 389-400.

En cambio, autores de gran nota militan en el segundo grupo, es decir, entre los que han prescindido por completo de la ortografía en sus tratados de gramática latina. Tales son, por ej. los gramáticos STOLZ-SCHMALZ<sup>90</sup>, RUBENBAUER-HOFMANN<sup>91</sup>, LANDGRAF-LEITSCHUH<sup>92</sup>, por no citar más que algunos gramáticos alemanes, y de los españoles, ECHAURI<sup>93</sup>, premio nacional en el certamen de libros de textos en tiempo de la Dictadura de Primo de Ribera.

Esta preterición de la ortografía latina en gramáticas de nota, se explica en parte por el desarrollo que han adquirido determinados tratados gramaticales, incluso la misma ortografía. Este desarrollo ha obligado a editar por separado muchos de estos tratados, y hoy día para estudiar, por ejemplo, fonética, prosodia, métrica y la misma ortografía latina, ya no se recurre a la gramática, sino a libros especiales que se ocupan directamente de estas materias. La gramática, de ordinario, no hará ya más que recoger ciertos principios generales de aplicación más inmediata en la morfología y en la sintaxis, que son las partes que quedan ahora como clave y nervio de toda la gramática.

---

<sup>90</sup> STOLZ-SCHMALZ, *Lateinische Grammatik*. München 1900. (Existe una refundición de esta gramática llevada a cabo por LEUMANN y HOFMANN, Munich 1928). La del 1900, que es la que tengo delante, se distribuye así: Fonética, 12-105; Morfología, 106-195; Sintaxis, 197-426; Estilística, 427-493; Lexicografía, 495-525.

<sup>91</sup> RUBENBAUER-HOFMANN, *Lateinische Grammatik*. München 1949, Leibniz Verlag. Su distribución es como sigue: Fonética, 6-12; Lexicografía, 13-16; Morfología, 17-91; Sintaxis, 92-217; y en apéndice, Estilística 218-222, y Métrica 228-229.

<sup>92</sup> LANDGRAF-LEITSCHUH, *Lateinische Schulgrammatik*, Bamberg Buchners Verlag 1950. Esta gramática, muy difundida en Alemania — ésta de 1950 es la edición 24.<sup>a</sup>— también hace caso omiso de la ortografía. Consta de las siguientes partes: Morfología, 5-106; Sintaxis, 107-228; Estilística, 229-275; Prosodia y Métrica, 275-282.

<sup>93</sup> La edición oficial se imprimió en Barcelona (Joaquín Horta, impresor, Cortes 719) en 1929. Sobre esta edición oficial, el propio Sr. Echauri preparó e imprimió otras por su cuenta. Tengo a la vista la de «Ediciones Atlas» Madrid 1944, en dos tomos. La distribución, coincide en el fondo con las alemanas anteriormente citadas, pero adaptada al método cíclico previsto en la ley de Enseñanza Media del 38. El vol. 1.<sup>o</sup> consta de Fonética, Morfología y nociones de Sintaxis; el vol. 2.<sup>o</sup> de Sintaxis con apéndices de Fonética, Morfología, Prosodia y Métrica.

En efecto, existen, desde mediados del siglo pasado, importantes tratados de ortografía latina, los cuales, a pesar de sus deficiencias, han prestado excelentes servicios tanto en el terreno de la enseñanza como en el de la crítica textual. Uno muy sonado es el de W. Brambach <sup>94</sup>, imitado y adaptado por F. Antoine en su edición francesa <sup>95</sup>. De la misma época es el tratadito de Müller <sup>96</sup> y el de Stampini <sup>97</sup>. El Instituto Bíblico de Roma publicó un opúsculo de orientación eminentemente práctica <sup>98</sup>. Aparte de estos tratados generales de ortografía se van publicando estudios monográficos sobre determinados puntos de la misma. Algunos los hemos citado ya. En COUSIN <sup>99</sup> puede verse una lista de lo publicado desde 1880. Esta lista, aunque incompleta, sirve para dar una idea de cómo aún hoy día sigue despertando interés el problema de la ortografía latina, bajo muchos aspectos, y uno de ellos, importante por cierto, es el aspecto didáctico.

#### 4) *La ortografía interesa a la crítica textual.*

Pero quizá el mayor interés que presenta el problema ortográfico sea el relacionado con la crítica textual. En efecto, la crítica textual tiene planteado un doble problema conexo con el problema ortográfico: restablecer la genuina ortografía de cada autor y fijar la

---

<sup>94</sup> BRAMBACH, *Die Neugestaltung der lateinischen Orthographie, in ihrem Verhältnis zur Schule*, Leipzig 1868. Resumen de esta obra es el opúsculo del mismo BRAMBACH, *Hilfsbüchlein für lateinische Rechtschreibung*, Leipzig Teubner 1876.

<sup>95</sup> El «*Manuel d'orthographie latine*» de F. ANTOINE (Paris Klincksieck 1881) es, según confesión del autor, «una traducción del manualito de Brambach con algunas notas complementarias».

<sup>96</sup> LUCIANUS MÜLLER, *Orthographiae et Prosodiae summarium, in usum sodalium Instituti Philologici Petropolitani*. Petropoli 1878.

<sup>97</sup> STAMPINI, *Trattato dell' Ortografia Latina* (conforme al manual de Brambach). Torino Loescher 1882.

<sup>98</sup> *Regulae Orthographicae in textibus latinis servandae*, Pontificium Institutum Biblicum, Romae 1913.

<sup>99</sup> COUSIN, *Bibliographie de la Langue Latine*, Paris «Les Belles Lettres» 1951, págs. 33-34.

fecha de determinadas grafías, señalando, al menos, la escuela de la que proceden o que las usó con preferencia.

La restitución de la ortografía de un autor a base de la crítica conjetural de las variantes de codd. y mss. es tarea ardua y arriesgada. Voces autorizadas lo han hecho notar repetidas veces.

MEILLET <sup>100</sup> señala contradicciones notorias entre grafías que se regulan por la fonética y grafías que se regulan por la etimología. Habla también de diferencias gráficas, como *atque/ac*, *neque/nec*, resultado de interferencias entre fonética y sintaxis, y hace notar las divergencias existentes en la transcripción de palabras griegas, según se adopte la tendencia popular o la corriente científica. Añádase a todo esto, como dice MAROUZEAU <sup>101</sup>, la mezcla en un mismo texto epigráfico o manuscrito de teorías ortográficas de diferentes escuelas junto con el poco escrúpulo o el afán de corrección que dominó a escribas y copistas ignorantes o desaprensivos. Ha faltado al latín una ortografía oficial, ya que no todos admitían lo que Suetonio <sup>102</sup> llamó «*formulam rationemque scribendi a grammaticis institutam*».

Cada escuela de copistas tenía sus cánones ortográficos. Es interesante a este respecto el estudio de los mss. de Plauto y de otros autores. Representan cada uno de ellos tendencias diferentes. Los mss. A conservan preferentemente la grafía fonética: *Mil. 746 impe-rarent*, *Epid. 155 tramittas*; mientras que los mss. de la familia palatina tienden a la etimológica: *inpararent*, *transmittas*.

Sin embargo es curioso que en las dos familias de mss. plautinos se halla *adfer Ps. 349* y adjetivos como *inpudens*, *inprudens* <sup>103</sup>.

DAIN <sup>104</sup> estudia el aspecto psicológico del problema de la tradición manuscrita y, siguiendo a DESROUSSEAUX, distingue cuatro momentos, mejor dicho, operaciones en el trabajo del copista: lectura del texto, retención de lo leído, dictado interior, movimiento de la mano. Cada una de estas operaciones pueden fallar por dife-

<sup>100</sup> REL 2 1924 28-31.

<sup>101</sup> REL 2 1924 32-33.

<sup>102</sup> SUET., *Aug.* 88.

<sup>103</sup> MEILLET, REL 2, 1924, 29-30.

<sup>104</sup> DAIN, *Les Manuscrits*, Paris «Les Belles Lettres» 1949, págs. 37-51.

rentes causas. Este fallo trae como consecuencia las faltas o errores de copia <sup>105</sup>. HAVET, en su clásico manual de crítica verbal aplicada a los textos latinos <sup>106</sup>, habla de faltas directas e indirectas, faltas auditivas y visuales, faltas que provienen del modelo, del contexto, de la personalidad del copista, etc. La experiencia enseña que no hay copia sin falta.

DAIN puntualiza esta proposición y dice: «Après d'assez longues statistiques, j'ai cru pouvoir avancer qu'un copiste moyen, reproduisant un texte moyennement altéré, laisse échapper une faute par page» <sup>107</sup>. Ahora bien, cada falta nueva viene a sumarse a las anteriores y, a medida que el texto se va alterando, las faltas de la copia crecen en proporción, a veces geométrica, por el deseo morboso del copista de corregir los contrasentidos del texto copiado.

Todo el drama de la crítica textual radica en esto, en restituir a su primitivo estado el texto de un autor. Se sabe que el texto nos ha llegado alterado. WUILLEUMIER <sup>108</sup> —ya lo hemos hecho notar— no concibe que Cicerón, a pocas líneas de distancia, nos haya querido dar un muestrario de grafías (*adolescens, adulescens, adoliscens, aduliscens*). SABBADINI se muestra admirado de la incoherencia ortográfica de los códices virgilianos <sup>109</sup>. Con frecuencia encontramos en los codd. dos grafías distintas, una con sinéresis y otra sin ella, por ej. *nuptis / nuptiis* <sup>110</sup>, *Faenis / Faeniis* <sup>111</sup>.

<sup>105</sup> Estos errores de copia se reducen a defecto de los *ojos* (lectura), defecto de la *memoria* (retención de lo leído), defecto de *atención* (dictado interior) y defecto de *la mano* (escritura). En todo tiempo estos defectos han dado pie a errores curiosos, que a veces prevalecen. Uno de ellos es el que cita D. Francisco Rodríguez Marín, a propósito del refrán «al buen callar llaman Sancho», donde se ha tomado la falsa grafía *Sancho* por *Sancto* (Cfr. Más de 21.000 refranes castellanos», pág. XXXII, Madrid 1926).

<sup>106</sup> L. HAVET, *Manuel de critique verbale appliquée aux textes latins*, Paris Hachette 1911.

<sup>107</sup> DAIN, *o. c.*, pág. 63.

<sup>108</sup> WUILLEUMIER, Cfr. CIC., *Caton l'Ancien*, Paris «Les Belles Lettres 1955, Notice, pág. 118.

<sup>109</sup> Cfr. nota n.º 15.

<sup>110</sup> PLAUT., *Cas.* 5, 2, 2.

<sup>111</sup> VERG., *Aen* 5, 269. Este dato lo trae J. ANDRIEU, *Problème d'histoire des textes*, REL 24 1946 277, pero consultada la edición crítica de «Les Belles-Let-



Virgilio en dos versos consecutivos <sup>112</sup> usa el doble morfológico *tris / tres*. Variantes como éstas las estudia LAURAND en un artículo de «Les Etudes Classiques» de Namur <sup>113</sup>.

Tenemos la convicción de que en el mecanismo repetido y a veces multiseccional del trabajo de las copias se han originado muchas faltas, pero cuáles sean en concreto, cuál de las varias grafías sea la auténtica, muchas veces es imposible precisar. Se necesita una como asistencia especial, un como sentido divino—*θεία μοῖρα*—de que habla Jenofonte (*Cyrop.* 4, 1, 2) y que no todos poseen.

Ha sido muy grande la libertad de los escritores latinos y es mucha la distancia que nos separa de los mismos, para que la labor del crítico no tropiece con serias dificultades. La misma plétora de tratados ortográficos y el esfuerzo realizado por gramáticos antiguos y modernos para sistematizar la ortografía latina es una prueba de que la tarea no es nada fácil. Y la razón de ello está en que la grafía latina es adaptada, no inventada expresamente para el latín. Es el resultado de utilizar elementos preexistentes en otras lenguas <sup>114</sup>. Pero toda adaptación, como vestido heredado, no hecho a medida, difícilmente se ajusta a las necesidades de la lengua. De ahí los conatos del latín para perfeccionar el alfabeto. Espurio Carvilio Ruga, coetáneo de Livio Andrónico, es considerado como introductor de la nueva consonante *G* <sup>115</sup>; Ennio es el iniciador de

---

tres», Paris 1948, no lo he visto confirmado. La citada edición da como lección segura «*puniceis*».

<sup>112</sup> *Aen.* 10, 350-351.

<sup>113</sup> L. LAURAND, *Remarques sur quelques questions de grammaire latine*, en «Les Etudes Class.» 1939, 3-14.

<sup>114</sup> MEILLET, supone que el alfabeto penetró en Italia hacia la primera mitad del primer milenio a Chr., a través de los etruscos y también de los griegos de la Italia Meridional y de Sicilia; en último término, ambos de procedencia griega. Cada uno de estos alfabetos se hubo de adaptar, naturalmente, a la fonética y naturaleza de la lengua latina. Cfr. MEILLET-VENDRYES, *Gramm. comparée des Langues Classiques*, Paris Champion 1948, págs. 31-35. Para la idea de la evolución histórica de la lengua en relación con la ortografía, cfr. BRUGMANN, «*Abregé de Grammaire comparée des langues indo-européens*», Paris 1905, págs. 43-44.

<sup>115</sup> Carvilio Ruga, hacia el año 293 a. Chr. Cfr. PLUT., *Quaest. Rom.* 54; pero es más probable que esta innovación sea debida a Apio Claudio el Ciego, censor el 312 a. Chr. Cfr. MEILLET-VENDRYES, o. c., pág. 33.

las consonantes geminadas <sup>116</sup>; Accio, el poeta trágico, introduce la duplicación de las vocales largas <sup>117</sup>. A Lucilio le atribuyen un procedimiento triple para la reproducción de la *i* larga. El testimonio lo debemos al gramático Velio Longo <sup>118</sup>: «Alii quorum est Lucilius <sup>119</sup> varie scriptitaverunt: siquidem, in iis quae producerentur, alia per *I* longum, alia per *EI* notaverunt, velut differentiam quandam notantes; ut cum diceremus *viri*, si essent plures per *ei* scriberemus; si vero *unius viri*, per *i* notaremus». Pero el más notable de todos los innovadores fué Claudio, emperador del 41 al 45, el cual, según testimonio de Suetonio y de Tácito <sup>120</sup>, introdujo en la ortografía latina tres nuevas letras: *La digamma invertida* con valor de *u* consonante, v. gr. AMPLIAHIT; la *antisigma* con valor de la  $\psi$  griega, equivalente a la doble grafía *bs* y *ps*; y un *signo especial*, consistente en una E, sin los palos superior ni inferior, para representar la *i* griega, por ej. AEGHPTI <sup>121</sup>, ejemplo tomado de una inscripción del 47 al 48 de nuestra era.

NIEDERMANN, en la Miscelánea dedicada a Saussure, se ocupa de dos de las consecuencias de la insuficiencia del alfabeto latino <sup>122</sup>. Podrían señalarse varias otras más.

Por otra parte, aunque la ortografía latina hubiera sido en un principio adecuada a la lengua, como la lengua es algo vivo y va evolucionando constantemente, incluso las más modernas, más fijas y más estables, resulta que o se va acomodando la ortografía a la evolución lingüística o se queda retrasada y deficiente al cabo de un tiempo. Puede aplicarse a la grafía lo que Horacio dice de la palabra humana, que como obra de mortales perece y que lo que hoy

<sup>116</sup> FEST., p. 375, 4; PAULO DIAC. p. 5, 25. 17, 22. 21, 30 en FUNAOLI, GRF 4.

<sup>117</sup> El testimonio es del gramático Terencio Escauro: «Accius geminatis vocalibus scribi natura longas syllabas voluit». KEIL, GL VII 18, 12. La epigrafía confirma esta práctica.

<sup>118</sup> KEIL, GL VII, 56, 2-5.

<sup>119</sup> C. Lucilio, caballero romano, muerto el 103 a. Chr., conocido por sus sátiras. Cfr. la nota 44.

<sup>120</sup> SUET., *Claud.* 41; TAC., *Ann.* XI, 13.

<sup>121</sup> CIL VI 918.

<sup>122</sup> NIEDERMANN, *Minutiae Latinae: deux conséquences de l'insuffisance de l'alphabet latin: Mélanges Saussure*, Paris 1908, 45 ss.

está de moda, el día de mañana cae en desuso y se desecha, ya que el uso o costumbre es la razón de muchas modas del lenguaje:

«mortalia facta peribunt,  
nedum sermonum stet honos et gratia vivax.  
Multa renascentur, quae iam cecidere, cadentque  
quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus,  
quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi»<sup>123</sup>.

Es vano empeño luchar contra la costumbre, cuando llega a tomar arraigo. Que de un *vererre* latino tengamos que escribir los españoles *barrer*, *basura* con *b* alta, es efecto de un error inicial que degeneró en costumbre<sup>124</sup>. La costumbre ejerce su dominio a despecho de los sabios. Los ortógrafos antiguos reconocieron su fuerza. Conocido es el criterio de Quintiliano: «Ego, nisi quid consuetudo obtinuerit, sic scribendem quidque iudico, quomodo sonat»<sup>125</sup>. De Varrón se sabe que, en su libro «De antiquitate litterarum ad L. Accium»<sup>126</sup>, reducía a cuatro los llamados *κανόνες ὀρθογραφίας*, a saber, *natura*, *analogía*, *consuetudo*, *auctoritas*.

Ahora bien, como la costumbre es tan varia, tan caprichosa y a veces tan acientífica, la posición del crítico que trata de restaurar un texto adulterado a través del prisma de unos principios demasiado apriorísticos, está expuesta a error por exceso de ciencia. Para acertar en el fallo tiene que conjugar la ciencia con la observación, los principios con los datos que le suministra la historia. La historia y

<sup>123</sup> HOR., A. P. 69-72.

<sup>124</sup> La confusión entre *b* y *v* fué común a otras lenguas románicas. En el español se regularizaron muchos casos, de conformidad con la ley de la etimología, al intervenir la Academia; en otras lenguas han persistido las grafías erróneas. Véanse algunos ejemplos correlativos. Las palabras castellanas figuran con la grafía que tenían antes de la reforma ortográfica de la Academia de la lengua:

<i>latín</i>	<i>castellano</i>	<i>portugués</i>	<i>italiano</i>	<i>francés</i>
habere	haver	haver	avere	avoir
caballus	cavallo	cavallo	cavallo	cheval
debere	dever	dever	devere	devoir
faba	hava	fava	fava	fève
mirabilla	maravilla	maravilla	maraviglia	merveille.

<sup>125</sup> QUINT., 1, 7, 30.

<sup>126</sup> FUNAIOLI, GRF 183; Cfr. RITSCHL, *Opusc.* III 373. 469.

la ciencia son los dos ojos de la crítica textual. Los dos tienen que ir a la una para lograr una visión perfecta. Por eso interesa mucho al crítico conocer la historia de la ortografía latina.

En efecto, la historia de la ortografía latina encierra datos de interés que nos permiten fijar en época del todo definida determinados cambios ortográficos. Algunos los hemos hecho notar anteriormente; otros no han sido aún citados en el decurso de este trabajo. Van reunidos aquí los principales, según el tiempo de su aparición:

a) La *rotatización* de la *s* intervocálica remonta al tiempo de Apio Claudio el Ciego y de L. Papirio, dictador el 339 a. Chr.

b) El *uso de G* no es anterior a Espurio Carvilio Ruga, cónsul el 293 a. Chr.

c) La *geminación de las consonantes* se atribuye a Ennio, años 239-169 a. Chr. Fué también él quien se preocupó de dar normas fijas que regularan la vacilante e insegura ortografía de su tiempo.

d) La *geminación de las vocales*, según testimonio de Terencio Escauro, se debe al poeta trágico Accio: «Accius geminatis vocalibus scribi, natura longas syllabas voluit»<sup>127</sup>. Esta afirmación viene confirmada por la epigrafía de la época, en casos como *paastores* CIL I<sup>2</sup> 638 (a. 132 a. Chr.), *iuus* CIL I<sup>2</sup> 587 (a. 81 a. Chr.), *conventuus* CIL II 24 16 (gen. sing. de *conventus*; cfr. NIEDERMANN, *Morphologie historique du latin*, Paris 1953, p. 64). Esta práctica cayó pronto en desuso y la representación de largas y breves quedó en latín, como en épocas anteriores, sin expresión gráfica definida.

e) El ensayo hecho con *la i larga* tuvo también poco éxito. Un texto, ya citado, de Velio Longo<sup>128</sup> prueba, con el ejemplo de Lucilio (148-103), la poca uniformidad que había a este respecto. CHRISTIANSEN ha estudiado con detalle este punto<sup>129</sup>. R. G. KENT ha prestado atención al mismo en un artículo publicado en «American Journal of Philology» de Baltimore y asimismo LOMMATZSCH y MAROUZEAU<sup>130</sup>.

<sup>127</sup> KEIL, GL VII 18, 12.

<sup>128</sup> KEIL, GL VII 61-62.

<sup>129</sup> J. CHRISTIANSEN, *De apicibus et I longis inscriptionum latinarum*: Diss. Kiel 1889, p. 61

<sup>130</sup> R. G. KENT, *Zu den orthographischen Regeln des Lucilius*, en «Glotta», Göttingen IV 1913 299-302; *Lucilius on ei and i*, en «American Journal of Philo-

f) A fines del siglo II a. C. se puso de moda escribir con *h* aspirada las oclusivas *p*, *t*, *c*. Habíase extendido mucho en Roma la cultura helénica y muchas familias creyeron que con este sencillo procedimiento su nombre adquiriría predicamento y ascendencia griega. Aparecieron onomásticos como *Gracchus*, *Pulcher*, *Cethegus* por los antiguos *Graccus*, *Pulcer*, *Cetegus*. La moda se extendió luego a nombres comunes y, en vez de los conocidos *sulpur*, *centurio*, *corona*, *lacruma*, *praeco*, *pulcer*, *sepulcrum*, se propagan las correspondientes grafías con oclusiva y aspirada, generalizándose las formas *sulphur*, *centhurio*, *chorona*, *lachruma*, *praecho*, *pulcher*, *sepulchrum*, etc., algunas de las cuales llegaron a adquirir carta de naturaleza <sup>131</sup>, a pesar de que Cicerón <sup>132</sup> y Quintiliano <sup>133</sup> clamaron contra esta práctica abusiva y a pesar de que el mismo Catulo la ridiculizó en aquellos versos con que comienza su carmen 84:

«*Chomoda* dicebat, si quando commoda vellet  
dicere et insidias Arrius *hinsidias*».

g) El emperador Claudio es autor de una reforma ortográfica importante, pero que tuvo poco éxito. Las *tres nuevas letras* por él introducidas en el alfabeto latino, de que antes hemos hablado, y que no lograron arraigar.

h) Q. Terencio Escauro, en su tratado de ortografía, parte del hecho de que las grafías se van corrompiendo y, como medio para la depuración de las grafías viciadas, propone él tres cánones o normas: la historia, la etimología y la analogía. Sobre el tema de la

---

logie», Baltimore XXXII 1912 272-293; AGAIN, *Lucilius on EI and I*, en «Am. Journal of. Phil.» XXXIV 1913 315-321.

<sup>131</sup> Cfr. NIEDERMANN, *Phonét. hist. du latin*, 3.<sup>a</sup> ed., Paris 1953, págs. 85-86.

<sup>132</sup> CIC., *orat.* 160: «quin ego ipse, cum scirem ita majores locutos esse, ut nusquam nisi in vocali aspiratione uterentur, loquebar sic, ut *pulcros*, *Cetegos*, *triumpos*, *Kartaginem* dicerem, aliquando idque sero convicio aurium cum extorta mihi veritas esset, usum loquendi populi concessi, scientiam mihi reservavi. *Orcivios* tamen et *Matones*, *Otones*, *Caepiones*, *sepulcra*, *coronas*, *lacrimas* dicimus, quia per aurium iudicium licet».

<sup>133</sup> QUINT., I, 5, 20: «diu deinde reservatum, ne consonantibus (veteres) adspirarent, ut in *Graccis* et in *triumpis*. Erupit brevi tempore nimius usus, ut *choronae*, *chenturiones*, *praechones* adhuc quibusdam in scripticibus maneam, qua de re Catulli nobile epigramma est».

anomalía y la analogía de la ortografía latina R. SABBADINI ha publicado hace tiempo un estudio de interés <sup>134</sup>.

i) Los datos que S. Isidoro suministra en su tratado de ortografía dan pie a LEHMANN para un estudio bastante importante sobre *grafías del latín vulgar*, en el que estudia formas como *equus* por *aequus*, *que* por *quae* <sup>135</sup>.

j) La *confusión de c, k, qu* es fenómeno de época arcaica. Ya hemos citado al principio de este estudio el caso de *quom, qum, qur, qu'a, kalatorem* en inscripciones que denuncian su origen preclásico; mientras que la confusión entre grafía *cio / tio* es de origen medieval <sup>136</sup>.

k) También sobre la *evolución de vocales y diptongos*, atestiguada en textos epigráficos y en declaraciones de gramáticos antiguos, se pueden dar fechas, si no del todo definidas, sí bastante aproximadas. NIEDERMANN, en su fonética <sup>137</sup> va señalando por siglos dicha evolución. He aquí, en resumen, sus conclusiones:

*O*, precedida de *v*, pasa a *e* delante de *r* y *s*, hacia la mitad del siglo 2.º a. Chr.: *vortere* a *vertere*. La *o* final pasa a *u* en la segunda mitad del siglo 3.º a. Chr.: *Luciom* a *Lucium*.

*Ei* pasa a *i* en la primera mitad del siglo 2.º a. Chr.: *ceivis* (en el Sen. Cons. de Bacch., año 186) a *civis*.

*AI* pasa a *ae* a lo largo del tercer siglo a. Chr.

*OI* pasa a *oe* en la misma época que *ai* pasa a *ae*.

*EU* pasa *ou* en época preliteraria.

*OU*, procedente de *eu*, evoluciona a *ū* ya desde el siglo 3.º a. Chr.: *loucos* a *lūcus*.

*AU* se mantiene sin alteración en el latín literario; en el latín vulgar, normalmente evoluciona a *o* (*cauda* a *coda*); y ya en época imperial, *au* en sílaba átona se reduce a una sencilla *a*: *Augustus* a *Agustus*.

<sup>134</sup> R. SABBADINI, *L'anomalia e l'analogia nell'ortografia latina*, en «Riv. di filologia e d'istruzione classica». Torino Chiantore 1903 19-45.

<sup>135</sup> LEHMANN, «Philologus», Leipzig, Dieterich, LXXII 510 y ss.

<sup>136</sup> CH. HUELSEN, *Bonifacius / Malifatius*, en «Rheinisches Museum für Philologie», Bonn-Frankfurt Suarländer 1932 187-192.

<sup>137</sup> NIEDERMANN, *Phonétique historique du latin*, Paris 1953, páginas 58-67.

Sin embargo hay grafías de época arcaica que aparecen en escritores de época clásica. Recuérdese lo que dijimos del contraste entre la ortografía de Salustio y Cicerón. El *-ei* del nom. plural de los nombres de la segunda se supone usado por Propertio, poeta del siglo de Augusto. A esta persuasión llega L. HAVET en unas notas críticas sobre dicho autor,<sup>138</sup> y esta hipótesis del eminente crítico francés viene a confirmarla el Monumento de Ancira, testimonio de las actividades y de los honores tributados al emperador Augusto, cuya fecha de grabación se fija entre el año 5 al 2 a. Chr.

Todos estos datos pueden ayudar al crítico en su labor de fijación y de depuración de textos antiguos. Pero aun contando con la ayuda de estos datos ciertos que le presta la ortografía latina, serán todavía muchas las incógnitas que se le quedarán por resolver y a las que no le será posible dar de momento más que una solución provisional. Para una solución definitiva será preciso esperar a que avance mucho más el conocimiento histórico de la ortografía latina, con sus cambios, tendencias y usos de las diferentes épocas, constantes más acusadas en las varias escuelas de copistas, etc., etc. Orientar en esta dirección los estudios ortográficos es tarea importante y que debe acometerse con perseverante entusiasmo.

### III.—HACIA LA SOLUCION DEL PROBLEMA ORTOGRAFICO

Ya hemos dicho antes que el problema ortográfico es de difícil y complicada solución. Y no es extraño, ya que en él entran en juego múltiples factores —unos fonéticos, otros etimológicos, otros históricos—, factores que muchas veces no tienen otra explicación que el uso o el abuso de la época que se ha impuesto. La fuerza de la costumbre es tiránica y no puede prescindirse de ella al querer dar una solución al problema ortográfico. Por eso Quintiliano, aunque formula como principio general de la ortografía latina la adecuación entre el sonido y la grafía, reconoce, sin embargo, que el uso

---

<sup>138</sup> L. HAVET, *Notes critiques sur Propertius*, en «Bibl. Ecole H. E.» fasc. 220. Paris Champion 1916, pág. 5.

o costumbre preestablecida puede quebrar la regularidad de este principio. Son conocidas sus palabras: «Ego, nisi quod consuetudo obtinuerit, sic scribendum quomodo sonat»<sup>139</sup>. Poco antes había expuesto la misma idea con más claridad aún: «Orthographia consuetudini inservit, ideoque saepe mutata est»<sup>140</sup>.

Estas palabras de Quintiliano son un toque de atención para todos aquellos que, en la restauración ortográfica del latín, tratan de proceder con un criterio demasiado rígido y apriorístico. Aquí a veces falla la lógica. La razón tiene que ceder el paso a los *usos* y aun *abusos* de anteriores generaciones. Esto obliga a proceder con cautela en toda reforma ortográfica, respetando a la vez los principios científicos y las prácticas consagradas por el uso. Nos parece prudente y sabia la norma que formula CLIQUENNOIS<sup>141</sup>: «L'orthographe traditionnelle, si respectable qu'elle soit, à besoins d'être modifié en plusieurs points; mais les changements doivent être *prudens, réservés et bornés au nécessaire*».

De acuerdo con esta táctica, creo que lo primero que interesa en el problema ortográfico es distinguir un doble punto de vista: el teórico y el práctico, el técnico y el didáctico. Son dos cauces, dos caminos de solución con directrices propias, aunque no divergentes. Gráficamente diríamos que la solución teórica vuela por las alturas de la especulación, mientras que la solución práctica se mueve a ras de tierra al servicio del quehacer cotidiano. Este punto de partida no debe olvidarse. En un tratadito de ortografía que hace unos años escribí, hice hincapié en esta idea. Decía entonces:

«Magni momenti est duplex orthographiae genus in lingua latina praestituere, aliud nempe historicum, aliud practicum. *Orthographiam historicam* eam dicimus quae ab auctoribus diversorum tractu temporum usurpata fuit et in inscriptionibus prostat. *Orthographia practica* ea est quae nostris temporibus a probatoribus scriptoribus firmis rationibus et usu constanti sancitur. Haec ad informationem puerorum adhibeatur atque ad latinum sermonem scribendum non tantum in familiaribus litteris, sed etiam in scientificis

<sup>139</sup> QUINT., 1, 7, 30.

<sup>140</sup> QUINT., 1, 7, 11.

<sup>141</sup> CLIQUENNOIS, *Le Grec et le Latin*, pág. 24, n.º 67.



operibus et latinis ephemeridibus nec non et in classicorum editionibus ad scholam destinatis. Illa vero —orthographia historica— ad interpretandos et restituendos auctores in editionibus criticis et scientificis citationibus, in inscriptionibus recognoscendis et ita porro. Huic ergo vacent qui linguae latinae integram cognitionem in universitatibus litterarum curare debent, quique classicis auctoribus edendis vel disciplinis archaeologicis daturi sint operam. Exquirere ab omnibus, etiam a pueris, scientiam orthographiae historicae nihil est nisi confusionem in mentem gerere scientiaeque et usui latinae linguae officere»<sup>142</sup>.

Esta distinción entre el aspecto teórico y práctico de la ortografía latina es, a mi entender, fundamental. HAVET recalca esta idea. Habla de la necesidad de distinguir los dos puntos de vista: el especulativo y el práctico.<sup>143</sup>

Ya en el siglo 4.<sup>o</sup> p. Chr., Mario Victorino dispone su ortografía a base de esta distinción. Al exponer su plan dice: «erit itaque in principio dicendum, quem ad modum antiqui scripserint (=ortografía histórica), dehinc quid nunc debeamus observare (=ortografía práctica)».<sup>144</sup>

BRUGMANN, después de unas consideraciones sobre la inadecuación entre el signo gráfico y la palabra viva, termina reconociendo que hay una doble ortografía: la histórica y la fonética, y dice a este propósito: «C'est pour cela que l'on a si souvent une orthographe dite *historique* à la place de l'orthographe *phonétique*».<sup>145</sup>

Con estos precedentes, no es extraño que hoy, al buscar una solución al problema ortográfico, me reafirme, como punto de partida, en la idea de la doble ortografía. De estas dos ortografías, la primera —la histórica— se ordenaría a la depuración y restitución de la ortografía originaria de los textos literarios y en dicha ortografía habrían de aparecer las ediciones críticas de los antiguos es-

<sup>142</sup> JIMENEZ DELGADO, *De Orthographia Latina*, Tarregae Camps Calmet, 1942 3-4.

<sup>143</sup> REL 2 1924 33.

<sup>144</sup> KEIL, GL VI 7, 36.

<sup>145</sup> *Abrégé de Grammaire comparée des langues indo-européens* (Trad. franc. de Block, Cuny, Ernout) Paris 1905, pág. 43-44.

critores. La segunda —*la práctica*— tendería a regular de una manera prudente la escritura usual de la lengua latina.

Esta doble fase del problema ortográfico no es privativa del latín. La tuvieron planteada igualmente las otras lenguas y por las mismas razones que el latín, por el desajuste entre grafías de diferentes épocas, muchas veces de difícil explicación.

Es curioso, por ejemplo, lo que sucede en español con la *b* y la *v*, usadas con un confusionismo que maravilla en nuestros días. Es frecuente encontrar del siglo XIV al XVIII palabras, como *arvol*, *carvonero*, *torvado*. En el «Cid» se nota predilección por la *b* etimológica: *olbidado*, *arboles*, *enbiar* (asturiano *umbiar*). La grafía «*boz*» es generalísima en la literatura de este tiempo. En el Fuero Juzgo encontramos grafías como *vodas* (de *vota*), hoy *bodas*.<sup>146</sup>

NEBRIJA inculca con interés la distinción entre las dos consonantes. Dice «auer entre ellas tanta diferencia quanta puede ser entre cualquier dos letras». BUSTO en su «Arte para aprender a leer y escribir» (1532), después de explicar la diferencia existente entre *b* y *v*, añade con aire de dómine: «en esto deven mucho parar mientes los burgaleses, que generalmente assi en escribir como en pronunciar confunden estas letras». MATEO ALEMAN en su «ortografía castellana» (México 1609) se queja con amargura de lo mismo: «Mudaron, dice, los imperitos en *V* la *B*, como de ordinario se practica, i más en Castilla la Vieja, donde andan confusas estas dos letras, como en Andalucía la *ç* y la *s*». <sup>147</sup>

Este confusionismo sigue en tiempo de Lope, en cuyos escritos se halla, como cosa, corriente, *fabor*, *balor*, *embidia*, *basallos*, *bolando*, *embio*, *grabes*, etc.

MENENDEZ PIDAL sostiene que hacia el s. XVI la confusión de ambos sonidos era general. Se había perdido el sonido oclusivo intervocálico y una y otra grafía acabó por pronunciarse con sonido de *b* fricativa bilabial. Con todo, se nota cierta regularidad aun en medio del confusionismo reinante; pues de ordinario la *b* que pro-

<sup>146</sup> Cfr. F. RESTREPO, *Obras inéditas de Rufino J. Cuervo*, Bogotá 1944: Disquisiciones sobre la antigua ortografía y pronunciación castellanas, pág. 365.

<sup>147</sup> ID., o. c. pág. 366.

cede de una *p* latina se escribe *b*; mientras que la *b* oriunda de una *b* latina suele escribirse *v*: *aver*, *cavallo*, *cevo*, *dever*, *maravilla*, *escribir*, *amava*; en cambio, *recibo* (recipio) *abeja* (apis), *cabello* (capillus) *cabildo* (capildus), *obispo* (episcopus), *ribera* (ripa), *saber* (sapere), *tibio* (tepidus).<sup>148</sup>

Este estado anárquico de la ortografía española, común a la francesa, italiana, alemana y demás, al fin quedó resuelto en el siglo XVIII con un criterio práctico, gracias a la intervención de la Academia de la lengua, creación importante para la tutela del idioma. Esta Academia formuló unas normas, basadas principalmente en la etimología (bien que en algunos casos, como en *maravilla* de *mirabilia*, *boda* de *vota*, *barrer* de *verrere*, respetó el uso corriente); normas, que divulgadas y admitidas comúnmente, han hecho posible la existencia de una ortografía española estable. Y lo que ha ocurrido en España se ha repetido también en los demás dominios lingüísticos, con indiscutible ventaja en el orden práctico.

El latín, como toda otra lengua, ha ido evolucionando y alterándose, no sólo en su léxico, en su morfología y en su sintaxis, sino también en su ortografía. Para no extenderme demasiado voy a recordar solamente las alteraciones y cambios sufridos en el uso de la *b* y de la *v*. Desde los primeros siglos del Imperio se nota una completa confusión en el uso de estas dos letras: *curabit* por *curavit*, *iubentutis* por *iuventutis*, y del mismo modo *biginti*, *bixit*, *botu*, *inbicto*, *cerbus*, *corbi*, *serbat*, *solbit*, etc. Es curioso el caso de *ferveo*, *ferbui*, con disimilación gráfica de *v* y *b* entre el presente y el pretérito. Llama también la atención la desigualdad que se nota muchas veces entre una grafía latina y su correspondiente en las lenguas románicas; por ejemplo: *cōrvus* > ital. *corbo*, *corvo*, fr. *corbeau*; *cūrvus* > ant. fr. y prov. *corp*, esp. *corvo* [cat. *corbella* = especie de hoz]; *nervus* > ital. *nerbo*, fr. *nerf*.<sup>149</sup>

NIEDERMANN se ocupa en su fonética latina de este confusionis-

<sup>148</sup> MENENDEZ PIDAL, *Gram. Histórica Española*, Madrid Espasa-Calpe 1941, 6.ª ed., pág. 114.

<sup>149</sup> Cfr. GRANDGENT, *Latin vulgar*, Madrid 1928, págs. 203-204.

mo entre *b* y *v* y aduce una larga serie de ejemplos comprobatorios tomados de la epigrafía y de las lenguas románicas <sup>150</sup>.

Este estado de cosas creaba una situación de continua zozobra en los antiguos copistas. Y esto explica porqué Casiodoro tuvo empeño especial en recoger en su ortografía varios de los tratados existentes sobre el uso diferencial de *b* y *v*. <sup>151</sup>

La obra de Casiodoro atajó ciertamente el mal, al menos en parte; pero no lo remedió del todo. Los ortógrafos renacentistas vuelven a quejarse de la misma triste situación en que se halla la ortografía latina. Petrarca en uno de los diálogos de su famosa obra «*De remediis utriusque fortunae libri II*», el XLIII, *De copia librorum* («Del que tiene muchos libros»), refiriéndose a la ortografía, dice con verdadera desilusión: «No busco ya, ni me queixo de la ortografía, que ha días que pereció. ¡Pluguiesse a Dios que, de cualquier manera se escribiesse lo que se manda escrevir, pareciesse el poco saber del escriptor, y no se escondiesse la substancia de lo que se escribe, mas por confusos originales y trasuntos; prometen escrevir una cosa, y de tal manera escriven otras, que tu mesmo no conocerás lo que ordenaste! Cómo! ¿Y crees tú si agora tornassen Cicerón e Livio e muchos otros nobles antiguos, y sobre todos Plinio segundo, y leyessen sus obras, que las conocerían? Antes dudando a cada passo, las ternían por agenas o por bárbaras» <sup>152</sup>.

La anarquía ortográfica ha continuado con más o menos intensidad en los siglos siguientes. Se ha intentado una solución parecida a la que se buscó en las lenguas románicas; sólo que en vez de dictar normas la Academia de la Lengua las han dictado los ortógrafos modernos capitaneados por W. BRAMBAH, al que han hecho coro L. MÜLLER, F. ANTOINE, STAMPINI, EDON y otros <sup>153</sup>.

<sup>150</sup> NIEDERMANN, *Phonét. hist. du latin*, Paris 1953, 3.ª ed., págs. 87-89.

<sup>151</sup> Cfr. KEIL, GL VII 165-199.

<sup>152</sup> Traducción de Francisco de Madrid, canónigo-arcediano de Palencia, impresa en Zaragoza en 1523. Ejemplar valioso de la Biblioteca Episcopal del Seminario Conciliar de Barcelona, cuya portada dice: FRANCISCO PETRARCA, *De los Remedios contra próspera y adversa fortuna*; in fol., gótico, ejemplar visado por la Inquisición.

<sup>153</sup> Müller, Antoine, Stampini, cfr. citas núms. 94-98; G. EDON, *Ecriture et Prononciation du latin et appendice sur le Chant des Frères Arvaes*. Paris Berlin 1882, págs. 316.

Estos autotes, guiados de un criterio práctico han establecido unas normas o cánones ortográficos, cuya aceptación intererese al decoro y a la didáctica del latín. Los principios generales pueden reducirse a estas normas que en 1942 recogí en un opusculito del que ya hice mención: <sup>154</sup>.

«...ne in scribendo ancipites hinc et illinc agitemur, neque inaequalitate verborum oculi ofendantur legentium aut in errorem inducantur animi, principia nonnulla a Luciano Mueller tradita prae oculis habeamus:

1. In latina lingua sequendus est mos scribendi, qui obtinuit apud cultissimum quemque Romanorum saeculo eo, quod fuit inter Augusti mortem et Trajani (ab a. p. Ch. n. 14 ad 117), proximum illud aureae litterarum latinarum aetati, cujus quidem auctores, exceptis Varrone et Lucretio et Sallustio, qui etiam in orthographia amant archaismos, prope accedunt ad usum scribendi saec. p. Chr. primo. Nam orthographia priorum temporum partim subobscura propter penuriam testimoniorum, partim horrida, partim a posterioribus saeculis deformata.

2. Ubi duplex constat scriptura, ea est adhibenda quae commendatur soni suavitate, quam Graeci dicunt euphoniā. Hic fuit mos in pronuntiando tum apud veteres tum apud mediaevos ut ex vernaculis linguis satis constat. Quod si fecerimus, Ciceronem latini sermonis arbitrum sequemur, qui dixit in Oratore (48, 160), se in eis, quae aliter sua aetate efferrentur atque prisca, usum loquendi populo concessisse, scientiam sibi reservasse. Scribendum igitur *tempto*, non *temto*; *conlligere*, non *conligere*; *caussa*, non *causa*; *tres partes*, non *tris partis*; *quendam*, non *quemdam*.

3. Vitanda, sicut inusitata verba, ita et degener scriptura quavis vetusta, excepto si ea utaris cum certo et rationabili consilio, velut ad imaginem quandam antiquitatis reddendam aut irridendi causa.

4. Ceterum, quantum fieri potest, scriptura sermoni respon-

---

<sup>154</sup> JIMENEZ DELGADO, *De Orthographia Latina*, págs. 4-5.

deat. Quintilianum sequamur dicentem: *Ego, nisi quod consuetudo obtinuerit scibendum quidque judico, quomodo sonat* <sup>155</sup>.

A estas normas generales sigue la formulación de unos principios de aplicación práctica, particularmente con relación a las alteraciones que se producen al fusionarse los elementos de palabras compuestas. Viene por fin un índice alfabético de palabras dudosas, que desde BRAMBACH se va repitiendo con ligeras variantes en los modernos tratados de ortografía latina.

Desgraciadamente este primer ensayo de regularización ortográfica no ha sido del todo afortunado. Las fluctuaciones continúan todavía en publicaciones de prestigio como la del *Thesaurus Linguae Latinae*, donde, sin unidad de sistema ortográfico, se registran grafías discordantes, como *affero* y *adnuo*.

J. ANDRIEU, en un interesante artículo sobre el problema de la historia de los textos <sup>156</sup>, se pronuncia contra la tentativa de Brambach y la considera poco seria por acientífica. Cree él que esta ortografía, tipo *standard*, de Augusto a Trajano, es artificial y arbitraria y poco conforme con el método histórico. Insiste en la idea de que la ortografía, como la lengua, es algo vivo, que va variando en el decurso de los años.

Con respeto sea dicho, Andrieu ha sufrido un error de perspectiva. Quiere juzgar a Brambach con un criterio historicista, cuando el plano en que él y demás ortógrafos modernos se sitúan es un plano puramente práctico; exactamente igual a aquel en que se colocaron los académicos de la lengua para dar solución en su país al problema ortográfico. Se podrá ciertamente impugnar alguna cuestión de detalle, algunas grafías de su índice; pero empeñarse en rechazar de plano la posición y los principios generales de estos modernos ortógrafos me parece que no es ni prudente ni ventajoso. El afán por una ortografía estable es natural; entra en la misma psicología humana, que no se resigna a continuar en un estado de arbitrariedad y anarquía.

Yo propongo, como remedio práctico al estado anárquico en que nos hallamos aún hoy día, la revisión a fondo de la obra de

---

<sup>155</sup> QUINT., 1, 8, 30.

<sup>156</sup> J. ANDRIEU, *Problème*, REL 24 1946 271-280.

BRAMBACH por una comisión de latinistas de diferentes países y la promulgación oficial de una serie de normas ortográficas, que se impongan con la misma autoridad con que, en cada país, se han impuesto las normas ortográficas dictadas por la Academia de la Lengua.

Hecho esto, todavía no queda del todo resuelto el problema ortográfico latino. Falta resolver una faceta y la más difícil: la de la ortografía técnica llevada a cabo con un método científico. ¿Cómo realizar esta restauración ortográfica con verdadera garantía científica?

Ante todo —y en esto me adhiero plenamente a las orientaciones y sugerencias de J. ANDRIEU<sup>157</sup>— habría que comenzar por recoger y sistematizar todos los intentos de organización ortográfica llevados a cabo por gramáticos romanos, medievales, renacentistas y modernos. Es urgente reunir en un CORPUS todos los textos ortográficos de gramáticos y no gramáticos<sup>157\*</sup>, pues en los mismos oradores y poetas hay con frecuencia datos y sugerencias que no dejan de tener su interés ortográfico. La obra de los ortógrafos de KEIL debe completarse con todos estos datos y con la aportación de ortógrafos renacentistas, etc.

En este CORPUS convendría reunir en forma histórico-analítica los hechos y la descripción de los mismos y, a la vez, las doctrinas, acciones y reacciones de las diferentes épocas con sus escuelas y principales representantes.

El «*Corpus orthographicum*» resultaría un excelente instrumento de trabajo, a condición de que no fuera un simple conglomerado de textos. Muchos de ellos necesitarán comentario e interpretación. Hay que saber distinguir bien el grano de la paja, lo genuino de lo espurio, lo normal de lo arbitrario. Hay grafías aisladas que no responden al uso corriente. Esta labor depuradora la acon-

<sup>157</sup> J. ANDRIEU, REL 24 1946 271-314.

<sup>157\*</sup> Así, por ejemplo, el «*Appendix Probi*» (KEIL, GL IV 45-192) y el libro de Consencio, *De barbarismis et metaplasms* (KEIL, GL V 386-404) contienen datos de interés, por el empeño que ponen en denunciar las falsas grafías, que, a partir del siglo segundo p. C., menudean aun en escritos de gente culta. Cfr. STOLZ-DEBRUNNER, *Geschichte der lat. Sprache*, Berlin 1953, pp. 111-112.

sejaba ya hace años LAURAND<sup>158</sup>. Para ello sería preciso echar mano de disciplinas afines: de la epigrafía, de la fonética, de la crítica. Que si estas disciplinas se benefician de la ortografía, también es justo que le presten sus servicios.

La epigrafía sería un punto de referencia segura para confirmar textos y tendencias dudosas; pero esto a condición de que antes se hubiera hecho la crítica de las mismas inscripciones.

La fonética ayudaría también a resolver problemas ortográficos, por la estrecha relación que existe entre el fonema y la grafía. Las monografías de A. GRAUR sobre las geminadas y el uso de la / y de la V contienen datos de interés a este respecto.<sup>159</sup>

Sobre el tema de la ortografía y la crítica verbal ha escrito páginas excelentes y muy orientadoras L. HAVET en el Boletín de la Asociación G. Budé<sup>160</sup>. Aparte de esto, la obra fundamental de HAVET, *Manual de crítica verbal aplicada a los textos latinos*<sup>161</sup> y el *Manualito de crítica textual de LINDSAY basado en Plauto*<sup>162</sup>, son obras muy útiles para esta labor. Es fácil suponer que el camino a recorrer en la depuración de los textos habría de ser el mismo, pero en sentido contrario, que el seguido por el texto hasta llegar a nosotros. El conocimiento de la historia y vicisitudes de un texto es importante para resolver el problema de sus grafías. No siempre será posible rehacer este camino multiseccular y por eso muchas veces, por grandes que sean los avances de la crítica, nos habremos de contentar con unas conjeturas más o menos seguras. Es posible que la grafía concreta de un texto determinado críticamente quede sin resolver, pero, con un serio y minucioso análisis, es fácil que se pueda llegar a fijar por lo menos las grafías predominantes en un autor o en una determinada época.

---

<sup>158</sup> L. LAURAND, *Bulletin bibliographique*, en «Musée Belge» de Lovaina, 1924, 72-74.

<sup>159</sup> A. GRAUR, *I et V en latin*, Paris Champion 1929; Cfr. MAROUZEAU, en «Mémoires de la Société de linguistique» XXII 276-280.

<sup>160</sup> L. HAVET, *Orthographie et critique verbale*, en «Bull. de l'Assoc. G. Budé», 3, 1924, 18-21.

<sup>161</sup> L. HAVET, *Manuel de critique verbale appliquée aux textes latins*, Paris 1910.

<sup>162</sup> LINDSAY, *Introduction à la Critique des textes latins*, Paris Klincksieck 1898.



En este terreno algo se ha hecho. MAROUZEAU ha estudiado algunas grafías de Plauto <sup>163</sup>; KENT, como ya hemos dicho, ha estudiado la ortografía de Lucilio <sup>164</sup>; LINDSAY y ROMANO, la ortografía de Marcial <sup>165</sup>; KLOZ, la ortografía de Catón <sup>166</sup> etc.

Entre las tareas llevadas a cabo modernamente, una muy importante ha sido la publicación de las variantes ortográficas de la Biblia, con el epígrafe de «Orthographia totius Octateuchi», que se han publicado en una edición de la Vulgata de 1939 <sup>167</sup>. Este trabajo puede prestar apreciables servicios a los que se dedican a estudiar el aspecto ortográfico de la crítica textual.

Por lo demás falta aún mucho camino por recorrer. Ante todo la elaboración del *Corpus Orthographicum* de que ya hemos hablado. El plan para su elaboración podría ser el siguiente:

1) Recopilación de todos aquellos textos de escritores antiguos que puedan ofrecer interés ortográfico.

2) Un índice epigráfico con el mayor número posible de variantes ortográficas, su frecuencia y su referencia cronológica y toponímica.

3) La doctrina de los gramáticos antiguos, particularmente la de los ortógrafos. Para esta labor habría que utilizar, convenientemente actualizadas, las colecciones ya existentes, como por ej.:

GL = *Grammati Latini*. Leipzig, Teubner 1875-188; 7 vols. colec-

---

<sup>163</sup> MAROUZEAU, *La graphie El = I dans le palimpseste de Plaute*, Mélanges Châtelain, Paris Champion 1910 150-184.

<sup>164</sup> Cfr. nota 130.

<sup>165</sup> Cfr. nota 18.

<sup>166</sup> A. KLOTZ, *Ueber einen Sprachgebrauch Catos*, en «Rheinisches Museum f. Philologie» Bonn LXXX 1931, 137-143 (Estudia el uso de la *m*). P. U. GONZÁLEZ DE LA CALLE trae también datos y orientaciones aprovechables en uno de los estudios de su *Varia* (Madrid, Vict. Suárez, 1916, págs. 107-154) titulado: «Expresión gráfica de los fonemas latinos».

<sup>167</sup> *Orth. totius Octateuchi*, en «Biblia sacra iuxta vulg. versionem» 14, págs. 394-490. Romae 1939; Cfr. la crítica de esta importante publicación hecha por FAIDER en «Archiv. lat. Medii Aevi» 1939, pág. 239.

cionados por H. KEIL; sobre todo el vol. 7.<sup>o</sup>, donde están reunidos los ortógrafos latinos.

GRF = *Grammaticae Romanae fragmenta*, preparada por G. FUNAIOLI. Leipzig, Teubner 1907.

GRFM = *Grammaticae Romanae fragmenta*, collegit recensuit ANTONIUS MAZZARINO. Augustae Taurinorum in Aedibus Loescheri 1955.

CGL = *Corpus Glossarium Latinorum*, por G. GOETZ. Leipzig, Teubner 1888-1923, 7 vols.

Non L = *Nonii Marcelli «de compendiosa doctrina»*, editado por W. M. LINDSAY. Leipzig, Teubner 1903, 3 vols.

Plac. G. = A. DEVERLING, *Luctatii Placidi Grammaticae Glossae*. Leipzig, Teubner 1875.

Scal. C, = *Joseph SCALIGERI, Coniectanea in M. Ter. Varronem «De lingua latina»*. Paris 1565.

4) Los tratados o índices ortográficos de los escritores renacentistas, como los de NEBRIJA,<sup>168</sup> en sus *repetitiones* el de Aldo MINUCIO anteriormente citado<sup>169</sup>; el índice alfabético de NOLTEMIO<sup>170</sup>, las reformas ortográficas de Pedro LA RAMÉE<sup>171</sup>, etc.

A esta labor de recopilación de material debía acompañar una labor de sistematización, llevada a cabo con un criterio del todo científico, a base de los datos recogidos en el CORPUS. Esta sistematización supone, como tarea previa, el estudio analítico de los textos ortográficos dudosos.

Por fin interesaría también fijar las diferentes escuelas de copistas con sus peculiares tendencias ortográficas. Para ello sería im-

<sup>168</sup> Cfr. la nota 84; más noticias en OLMEDO, *Nebrija (1441-1522)*, Madrid Edit. Nacional 1942; *Obras de Nebrija*, pág. 243-245.

<sup>169</sup> Cfr. la nota 85.

<sup>170</sup> NOLTEMIO en su «Antibarbarum», Venecia 1713.

<sup>171</sup> Para datos sobre la producción bibliográfica de Pierre La Ramée, cfr. DEZOBRY-BACHELET, *Dict. de Géographie et d'Histoire*, Paris Delagrassé 1876.

portante preparar ediciones críticas en las que se recogieran con especial atención todas aquellas variantes que pudieran tener un interés histórico en materia de ortografía.

Esta tarea, como se ve, es vastísima.

En el terreno práctico, la revisión de los manuales ortográficos de Brambach y Müller por una comisión internacional de latinistas.

En el terreno especulativo, la recopilación de un CORPUS y la sistematización científica de los datos en él reunidos.

Esta distinción entre el aspecto teórico y práctico —ya lo hemos dicho— es, a mi entender, fundamental.

Por no distinguir bien los campos, tal vez se ha sacado menos provecho del que podía esperarse de los esfuerzos hasta ahora realizados. Ni la historia, ni la lingüística, ni la gramática, ni la crítica textual han recogido los frutos que se esperaban. Andando el tiempo, pueden cambiar las cosas.

De todas formas no hay que olvidar que el trabajo que en este punto nos espera, sobre todo en el aspecto teórico, en orden a la definitiva restauración de los textos, es enorme y que sólo este trabajo sería capaz de mantener en activo durante varios años a un buen equipo de investigadores.

JOSE JIMENEZ DELGADO, C. M. F.